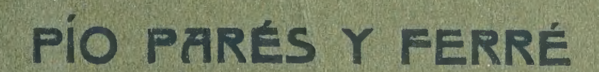
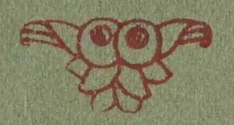
PÍO PARÉS Y FERRÉ



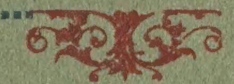


ERNESTO

Drama en tres actos y en prosa



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
MADRID

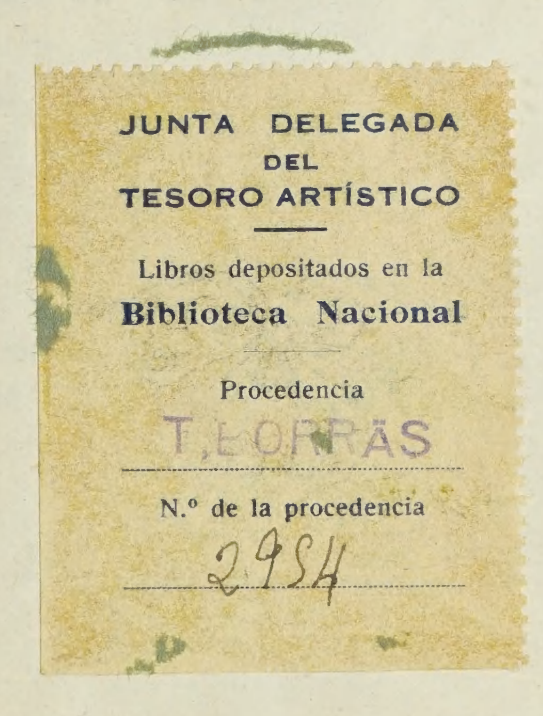


Imprenta de la Sociedad Cooperativa de Pan, Pasquín 14 al 20.—CADIZ

PIO PARÉS Y FERRÉ

ERNESTO

Drama en tres actos y en prosa



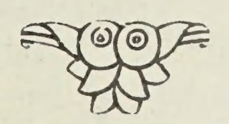
Imprenta de la Sociedad Cooperativa.—Pasquín 14 al 20.—Cádiz.

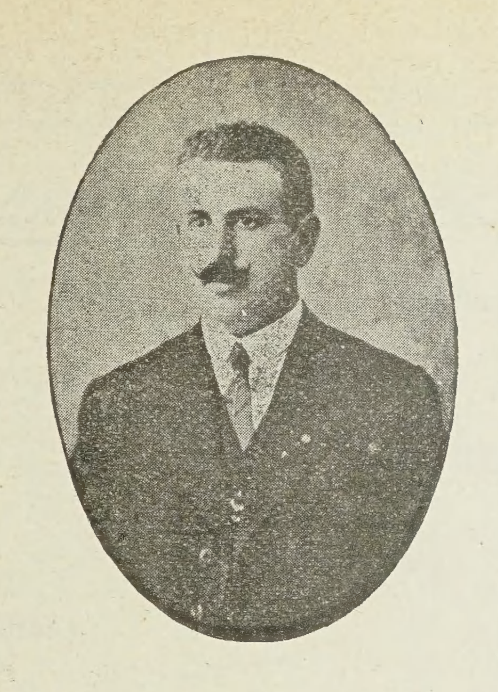
PÍO PARÉS Y FERRÉ

ERNESTO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Circo de Verano de Cádiz, la noche del 28 de Mayo de 1915.





DEDICATORIA

Al excelente Director y primer actor
D. Enrique Rambal

V. querido Enrique, fué el primero que a gusto mio y sobre todo del inteligente público gaditano, interpretó con gran cariño y a las mil maravillas el protagonista de mi humilde obra.

Al mismo tiempo que le dedico este modesto trabajo, permita, querido amigo, que con mi profundo agradecimiento, que será eterno, le envie un cariñoso abrazo,

El Autor.

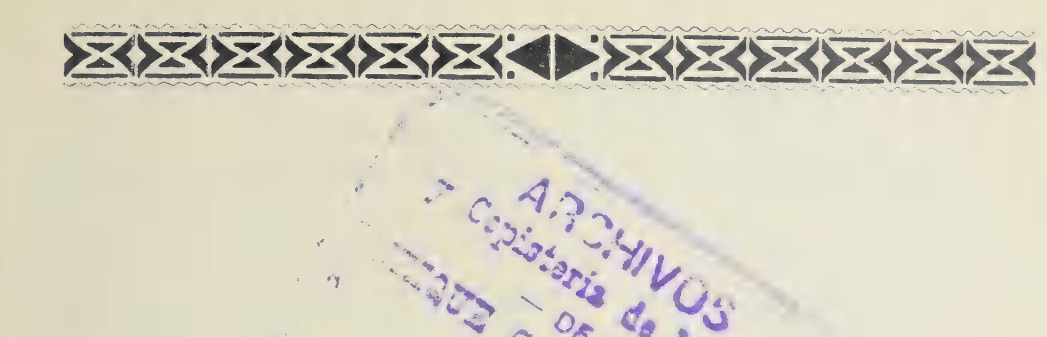
REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Elena	**CARLOTA PLÁ**
Emilia	*Sra. Jiménez*
Teresa	*Id. Ripollés*
Carmela.	*Id. Rubio*
Ernesto	**E. RAMBAL**
Víctor	*Sr. Valero*
D. Cayetano.	*Id. Ortega*
Cabo Morales	*Id. Gómez*
Sargento Ricardo	*Id. Carmona*
Guerrita	*Id. Ibáñez*
Sr. Felipe	*Id. Rodrigo*
Sr. Paco.	*Id. Carmona*
Luterio . , ...	*Id. Ibañez*
Cabo Ramirez	*Id. Fernández*
Faustino.	*Id. Pertusa*
Martín	*Id. Corral*
Moro Alí	*Id. Rodrigo*
Mochuelo	*Id. Corral*
Carrasco	*Id. Pertusa*
Mojama	*Id. id.*
El Zurdo	*Id. Vila*
D. Fernando.	*Id. Rodrigo*
Serafín . . . . . , . . .	*Sta. Caro*
Toñito	*Id. id.*
Bandido 1.º	*Sr. Gómez*
Id. 2.º	*Id. Vila*
Un Soldado	*Id. id.*
Soldados, Bandidos y Pastores	*N. N. N.*

ACCIÓN

1.º—En Cádiz. 2.º—En las avanzadas españolas de Marruecos. 3.º—En los picachos de Sierra Morena.

ÉPOCA ACTUAL



ACTO PRIMERO

Patio de una casa de vecinos de Cádiz. Al foro una puerta que da a la calle. A los dos lados otra puerta en cada uno que indican las habitaciones. En el ángulo derecho fondo un velador donde tres hombres juegan a las cartas; a la izquierda, sentado en una silla otro hombre leyendo el periódico y a la derecha en otra silla, un niño estudiando. Derecha e izquierda las del actor.

ESCENA PRIMERA

Sr. Paco, Mojama, el Zurdo, Sr. Felipe y niño Serafín.

S. PACO (Tirando una carta) ¡Arrastro!.. (está borracho)

ZURDO También eso es suerte... Pues no lleva ya cinco veces seguidas es as? Si eso no es suerte, que venga Dios y lo vea.

MOJAMA (Enfadado) El Rey de Oros!...

ZURDO Fallo y las cuarenta!..

S. PACO (De mal humor) Cuando no es fiesta?

MOJAMA Y que lo digas, Paco. Cuidado con el tío!... Te has confesado hoy?

S. PACO A ver si callas Mojama; (mira de reojo al Sr. Felipe) No vés que está el cura en el púlpito? Niño tráete otras chiquitas; yo ya sabes, Valdepeñas.

ZURDO (Levantándose) Señores, yo no juego más; ahí va el dinero de las ocho chiquitas que he perdido. (se levantan todos) Bueno, tú, Paco. A que hora es el metin?

S. PACO Hombre, según me ha dicho Tulipa empezará a las nueve en punto.

ZURDO Hablará por fin D. Cosme?

S. PACO Creo que sí y otros más que no conocéis. (se los lleva a un lado de la escena cerca del niño) Tened cuidado que no quiero que se entere ese avechucho. (con misterio) Me ha dicho Tulipa (el niño cierra el libro y escucha) que habrá jollín de lo lindo; que han llegado dos delegados de la estaca, que ya sabeis que es la sociedad de Madrid y que también ha venido uno de los compañeros de la Internacional de Barcelona, uno que le llaman «Pico de Oro», que hablará muy fuerte y pegando y que habrá aquello de (con ademanes de orador) «viva la Rep... ...» abajo el cler..» «Ciudadanos: Hay que quemar esos con......» y como por allá la cosa está que arde, triunfaremos; vaya si triunfaremos y ese día habrá para todos arroz y gallo muerto.

MOJAMA Falta hace, Paco, falta hace.

NIÑO Sí, señor Mojama, falta hace que V. triunfe.

MOJAMA Y por qué, niño?

NIÑO Para que se compre V. unos pantalones. (Sale el niño corriendo perseguido por Mojama).

MOJAMA Pero habrá niño descarado, hombre?

ZURDO Vamos Mojama; vas a hacer caso de criaturas?

MOJAMA No es que haga caso, pero esos bebés de hoy en día tienen la lengua muy larga y a veces hay que cortarles un poco.

S. PACO Bah!... cosas de niños. Bueno, ya sabeis: que no falte nadie, eh?... Y en cuanto acabe de hablar D. Cosme, aplausos fuertes.

ZURDO Pero si ese hombre dice unas cosas que yo no las entiendo.

S. PACO No le hace; el deber nuestro es aplaudir aunque no lo entendamos. Ellos dirigen, a nosotros nos toca seguir y obedecer. Por eso son los jefes del movimiento. Que dicen arri-

ba... Arriba. Que dicen abajo... Pues abajo. A nosotros nos toca obrar y callar; a ellos...

NIÑO — A ellos cobrar.

S. PACO — Niño; tu callas y estudias la lección, si nó te voy a dar yo para que calles. (Coge al niño y hace ademán de pegarle El niño llama a voces):

NIÑO — Sr. Felipe... Sr. Felipe...

S. FELIPE — Alto ahí. No permito que en el patio pegue V. a la criatura.

S. PACO — Y quién es V. para que yo me entere?

S. FELIPE — Aquí dentro una autoridad, porque soy el casero; en todas partes un hombre y de paso he de decirle a V. una cosa, Sr. Paco, y se la voy a decir amistosamente, sin enfados, sin discusiones, que con V. están de más. Es preciso que esas reuniones en el patio se terminen, pero hoy mismo. Una cosa es jugar una partida de tute, de mús o de lo que sea con cuatro amigos; pero otra cosa es conspirar, derribar todo lo existente y convertir este patio en una casa de locos y de borrachos. (Zurdo hace señas a Mojama para irse)

NIÑO — Muy bien.

MOJAMA — Bueno, Sr. Paco, nosotros nos retiramos....

S. FELIPE — Como Vds. quieran, pero ya lo saben; desde hoy en adelante a beber a la taberna y a conspirar donde les de la gana. Esa mesa adentro, niño y se acabó la sesión. (El niño quita la mesa y el Sr. Felipe se sienta y sigue leyendo)

S. PACO — Bueno, hombre, bueno, ya nos encontraremos; ya vendrá la nuestra y el día que llegue ya tendrás tú lo que mereces. Pues no faltaba más... Mira que el monago ese ponerme a mí como chupa de dómine? A mí, que me trato de tú con Lerreux, que me codeo con Soriano, que me tomo cuatro copas con Pablo Iglesias...

NIÑO — Y con el lucero del alba.

S. PACO — Que me... que me caigo hombre (tropezando) Por supuesto, que a ese tío lechuzo lo inuti-

lizo yo, vaya si lo inutilizo. Esta noche en cuanto empiece el metin, me levanto y digo: Compañeros: Si hace falta un hombre, ese hombre soy yo.

NIÑO Para qué, para beber?

ZURDO No tiene malange el niño.

MOJAMA Paco, que es tarde.

S. PACO Bueno, pues hasta luego; yo me meto en casa a ver si me dan algo de comer. Adios. (Se van los otros dos)

NIÑO Bueno, tío Paco; ahora después de la reunión echaremos medio kilo de carne al puchero, verdad?

S. PACO Mira, niño, dejame en paz. (entra en su casa)

ESCENA SEGUNDA

Sr. Felipe, Serafin y Ernesto

ERNESTO (Entrando foro) Buenos días, papá., Hola Serafinito!..

S. FELIPE Como tan pronto, hijo.?

ERNESTO Porque hoy no hay trabajo; no he hecho más que preparar el dinero para pagar la quincena. D. Cayetano solo fué a la fábrica para contestarme a una petición que le hice el otro día y que por cierto me ha concedido. Que bueno es D. Cayetano!..

S. FELIPE Bien, hombre; tú también te lo merecerás cuando así se porta.

ERNESTO Que se yo si me lo merezco; yo no hago más que cumplir con lo que me enseñaron mis padres: trabajar, obedecer y callar; nada más. Pero vamos a ver: a que no acierta V. cual es el favor que me ha hecho don Cayetano?

S. FELIPE (Simulando no saber nada) Pues no sé; que se yo lo que le habrás podido pedir.

ERNESTO Alégrese V. hombre. Pues el aumento del sueldo del pobre Víctor que ganaba poco y

me ha dicho D. Cayetano, que le aumentará por ahora cinco duros que con los 18 que tiene, ya son 23 y que más adelante será otra cosa. Yo creo que no es mala la colocación que le proporcioné, verdad Serafinito?

NIÑO Ya lo creo, Ernesto; ¡Quién pudiese algún día tener otro tanto!. (el Sr. Felipe se sienta y sigue leyendo)

ERNESTO No te apures, Serafín, que ya te llegará a tí. Te ofrecí que después de colocar a Víctor te colocaría y Dios mediante cumpliré mi palabra.

NIÑO Gracias, Ernesto. Yo sabré algún día agradecer y devolver a V. los favores que me hace.

ERNESTO Vaya, vaya, Serafín; déjate de agradecimientos y dime: ¿Cómo andamos de lección?

NIÑO Las provincias ya me las se; verá V. Al Norte: Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra; al Sur...

ERNESTO Bueno, bueno, nada más; hoy es fiesta para mí y también quiero que lo sea para tí; hoy no hay lección.

S. FELIPE Vamos, Serafinito, no estarás descontento del maestro, verdad?

NIÑO Ya lo creo que no y después de comer nos iremos de paseo por la orilla del mar, verdad Ernesto?

ERNESTO Sí hombre y para colmo de dichas te convido hoy a almorzar. ¡Ea! Voy a dentro a saludar a mi querida madre y de paso a decirle que tiene un convidado.

S. FELIPE Si, yo también me voy; después he de ir a ver al Sr. Administrador. (mutis izquierda)

ERNESTO Mira, Serafín; en cuanto venga Victor, me avisas, eh? Y no le digas nada, que yo mismo quiero darle la noticia.

NIÑO Muy bien.

ERNESTO Ah! ya te llamaré cuando esté el almuerzo en la mesa, sabes?

NIÑO — Como V. quiera. (Ernesto entra en su casa)

ESCENA TERCERA

Serafín y Victor

NIÑO — (Muy alegre) Conque hoy sin lección y a comer en casa de Ernesto y luego a paseo, olé!.. olé!.. (bailando: entra Victor que le coje por una oreja, llevándolo a otro lado de la escena)

VÍCTOR — Ven acá, granujilla, así es como tú estudias? o es que esos te enseñan también a bailar.

NIÑO — Ay!.. Ay!.. Ay!.. Que me haces daño.

VÍCTOR — Por qué bailabas, dí?

NIÑO — Bailaba de contento que estoy, hombre.

VÍCTOR — (Con burla) Te ha tocado la lotería?

NIÑO — A mí no me puede tocar la lotería porque nunca he jugado. Estoy contento porque estoy convidado a almorzar. (con énfasis)

VÍCTOR — Te ha convidado el Obispo?

NIÑO — Vaya, basta de tonterías; me ha convidado Ernesto.

VÍCTOR — Vamos; ha ascendido ese Marqués? (riendo)

NIÑO — Mira, Víctor, yo soy un niño; pero me sabe muy mal que te burles de un hombre que aquí y en todas partes vale más que tú. (retirándose)

VÍCTOR — Qué dices, granuja? (Corre detrás del niño que se aparta á tienpo en que aparece en la puerta de su habitación, Ernesto)

ESCENA CUARTA

Victor, Serafin y Ernesto.

ERNESTO — (Desde la puerta) Serafín... Serafín... Vamos a almorzar. (al ver a Victor) Ah! Pero estabas aquí, Víctor? Seas bien venido y de paso te doy la enhorabuena.

VÍCTOR — Gracias. ¿Y se puede saber por qué?

ERNESTO Hombre, porque desde mañana tienes cinco duros más de sueldo en la fábrica; ya sabes, por escribir unos cuantos nombres más y pasar lista dos veces al día, cinco duritos más al mes.

VÍCTOR ¡Valiente puñado son tres moscas!..

ERNESTO Víctor; sea mucho o poco el aumento; siempre debemos dar las gracias a quien nos proporciona el trabajo y el pan.

VÍCTOR Eso habría que discutirlo más despacio, pero mira, dejemos este asunto que hoy no estoy para discusiones.

ERNESTO Pues precisamente hoy no hay trabajo en la fábrica y yo quería comunicarte una noticia. Si tienes prisa lo dejaré para otro día, pero si no es así te ruego te sientes un momento.

VÍCTOR (Sentándose de mal humor) Bueno, habla.

ERNESTO Pues quería decirte, Víctor, que hoy estoy contentísimo; vamos, que es un gran día para mí. Tú no ignoras el amor inmenso que profeso a Elena, (Víctor hace un gesto de celos) la bella hija de D. Cayetano. Hasta ahora nuestros amores eran ocultos y teniamos que hacer esfuerzos inauditos para comprimir las explosiones de cariño que brotaban expansivas del fondo de nuestro corazón. Más desde hoy, amigo mío, ya podemos amarnos a la luz del sol, ante Dios y ante los hombres. Esta mañana el padre de Elena, no tan solo me ha otorgado su consentimiento para que pueda ver a su hija una hora todos los días en su propia casa, sino que me ha dicho que tan pronto regrese de cumplir el compromiso que todos los españoles tenemos contraído con nuestra querida patria, me casaré con Elena y después de unos meses de práctica al lado de D. Cayetano, seré nombrado Director de la fábrica. ¿Eh? ¿que te parece? Y excuso decirte, que tan pronto sea Director, te nombraré cajero con un sueldecito decente. ¿es-

tás conforme?

VÍCTOR (Con ironía) Vamos, no te quejarás de la fortuna. Eso se llama jugar y ganar. Tú, un modesto escribiente, un pobre diablo sin más hacienda que tus manos, como yo y como otro cualquiera, saber escalar los peldaños de una fábrica tan importante como la de D. Cayetano y hacerse su cajero, su hombre de confianza, y no bastante con eso, saber subyugar, hipnotizar a su única hija, la bella Elena, hasta el punto de hacerla su esposa y por consiguiente hacerse dueño de la voluntad y sobre todo de la fortuna de su padre (riendo) je... je... je... vamos, que no está mal, no, no está mal.

ERNESTO Víctor; yo lo mismo adoraría a Eleno si fuese...

VÍCTOR (Rápido) Una infeliz obrera de la fábrica, verdad? (rie) je... je... je... anda, hombre, anda; a otro con ese cuento.

ERNESTO Te juro, Víctor, que no me conoces, por eso me juzgas tan mal. Yo no persigo la fortuna de D. Cayetano. Si me hubiese negado la mano de su hija, ambos pensábamos pedirle de rodillas su consentimiento renunciando en absoluto a herencias y dotes de ninguna clase. Tan solo le habríamos rogado que me dejase en mi cargo de cajero en la fábrica. Con mi sueldo de doscientas cincuenta pesetas mensuales, creo que seríamos tan felices como Roschilt con todos sus tesoros Ya ves Víctor, como no es el dinero mi ilusión.

VÍCTOR Bien, así será, pero lo que verá todo el mundo no es es eso, sino tu astucia y tu egoismo. ¿Quién creerá en tu amor? Nadie; lo único que demostrarás, es el afán del dinero de D. Cayetano.

ERNESTO Nada me importa de lo que diga la gente; me basta con mi conciencia y el amor de Elena; nada más.

VÍCTOR (Enfadado) Bueno, pues que te aproveche el dinero; yo por mi parte puedo decirte, que para que mañana mi misma mujer me echase en cara mi pobreza, de ningún modo consentiría en ese matrimonio. Además; ¿tú ya sabes que volveremos de Africa? Ya ves como están allí las cosas, el día menos pensado llega una bala y acaba de una vez con tus deliciosos proyectos.

ERNESTO Si muero, será con la satisfacción plena de haber sucumbido en defensa de mi patria y esa muerte, Víctor, será para mí la suprema felicidad, porque moriré con la conciencia tranquila de haber cumplido con mi deber.

VÍCTOR (Levantándose) Bueno, allá tú con tus deseos y tus aspiraciones.

NIÑO (Desde la puerta izquierda) Ernesto, el arroz está en la mesa.

VÍCTOR (Risita de burla) Sí, anda, ve a comerte el arroz, tiempo tienes luego para comer pollos y perces, je... je... je...

ERNESTO ¿Quién sabe? ¿Quieres almorzar?

VÍCTOR Gracias. (Ernesto y Serafín, mutis izquierda)

ESCENA QUINTA

Victor solo

VÍCTOR Muy bien. Ese canalla insolente piensa que me trago sus sermones estúpidos. Espera, amigo, espera; todo llegará. Calma y mala idea, como dice D. Cosme y día vendrá en que podré gozarme en tu martirio. Esa ridícula colocación que me has dado me ha de servir de algo; por eso la he aceptado con agrado y fingiendo lo que estoy bien lejos de sentir. Tres meses llevo en la fábrica y me sé de memoria todos los rincones; creo que he hallado el medio seguro de inutilizarte. Le odio con toda mi alma por su carácter.

por sus ideas. por sus obras, por sus estúpidos consejos y más que nada porque es correspondido por la mujer que yo adoro, Elena!.. Elena!.. Cuanto tiempo devorando en silencio mi rabia y mis celos!.. Esa mujer ocupa por completo mi pensamiento y por ella soy capáz de llegar... hasta el crimen. (pensando) Si pudiese después apoderarme del destino del otro... La verdad es que no tengo facultades para ser cajero, pero con constancia y tiempo, tal vez saldría airoso de mi cometido y entonces me sería más fácil acercarme a la mujer que amo. (pausa) Peligrosa es la empresa, más no desisto; vengan todos los peligros, antes que soportar por más tiempo estos celos que destrozan mi corazón. He jurado vengarme de ese galán afortunado y me vengaré.

ESCENA SEXTA

Teresa, Sr. Paco y Victor

(El Sr Paco sale de su casa tambaleándose y riñendo con su mujer)

S. PACO — He dicho que no voy y no voy. Pues no faltaba más, hombre. Trabajar... Trabajar, que trabajen los tontos (se fija en Victor) Hola!.. aquí estas tú?

VÍCTOR — Aquí estoy yo, que hay? (de mal humor Y a usted que le pasa? Siempre están Vds. lo mismo. Se ván á morir de viejos riñendo y lloriqueando.

TERESA — Con tu padre es imposible, hijo mío.

S. PACO — Mira, mira tú, lechuza de campanario, o te callas o vas a sentir en tu rostro los efectos de mi autoridad, eh? Ya lo sabes.

VÍCTOR — Yo le he preguntado que le pasa y V. no debe de meterse en si habla o no. Con que acabe V. que tengo prisa. Qué le ocurre a V.?

TERESA Ya te he dicho muchas veces, hijo, que entre las borracheras de tu padre, y tu carácter, pronto daréis cuenta de tu pobre madre.

VICTOR Va V. a empezar con los sermones de siempre? Porque entonces podría haberse quedado adentro.

TERESA Y por qué no? No soy tu madre? No tengo derecho a ello?

S. PACO Anda, chúpate esa. No querías oirla? Para rato tienes. Ja... ja... (rie)

TERESA Lo que aquí pasa, Víctor, es bochornoso; tu padre, siempre borracho y sin trabajar un solo día; tú, gastándote con tus amigotes el sueldo que ganas y tu pobre madre llorando sus penas y amarguras en un rincón y sin el auxilio del pobre Serafín, que haciendo encargos gana algún realillo, ya me hubiese muerto de hambre y de dolor. Dices que hago sermones. Pena me da tenerlos que hacer y más pena aún saber que son desperdiciados.

S. PACO La sesión se prolonga; tomaremos asiento en la tribuna. (Se sienta)

TERESA Hijo mío, Víctor; aquí en tu misma casa tienes el espejo en el cual debías mirarte. Ernesto es un modelo de bondades y llegará a ser un perfecto caballero.

VICTOR (Aparte) Maldición!.. (a ella) Por lo visto ese imbécil le entró por el ojo derecho; ya me empalaga tanto oir hablar de él.

TERESA No le ofendas, Victor, ni ofendas á Dios; Ernesto es un buen hijo que sus padres están orgullosos de él y nadie está más obligado que tú á elogiar su conducta y su generosidad; por él estás en la fábrica y por él te han aumentado el sueldo.

VÍCTOR (Con burla) Descuide V. madre; desde hoy me pondre de rodillas cuando lo vea pasar. Ja... ja... ja... (riendo fuerte) Bueno, bueno, déjeme V. de historias estúpidas y dígame lo que hay por allá dentro de comer.

TERESA Poca cosa hay, porque no hay ni pan. Yo tengo bastante con llorar; hasta luego hijo. (entra en su casa)

VÍCTOR No hay pan? Mejor; así no comiendo no se hacen malas digestiones; después de todo yo ya he comido algo.

S. PACO Sí, tú ya has comido y yo ya he bebido, así entre los dos, banquete completo.

VICTOR Ha citado V. a esos? El mitin empieza a las nueve en punto y el primer discurso lo pronuncia D. Cosme sobre «los derechos de ciudadanía»

S. PACO Pues eso tendrá que oir; y entre paréntesis, hijo, no tienes una pesetilla?

VÍCTOR Para qué? Para ir a la taberna y llegar al mitin hecho una cuba? Yo no doy dinero para eso.

S. PACO. No hombre, no; yo no bebo más hoy; la peseta es para tu madre que dice que no come desde hace tres días.

VICTOR Y ese Ernesto a quien élla tanto quiere, no le dá nada? En fin, seamos generosos como díce D. Cosme; vaya la peseta y désela usted. No vaya a servir para aguardiente, eh?

S. PACO No, hombre, no. (Aparte) Le daré dos reales y con los otros dos tengo para cinco golpes. (Haciendo ademán de beber. Mutis derecha)

VICTOR (Mirando la casa del Ernesto) El drama empieza ahora; interesante ha de ser su acción, queridísimo protector. Afila bien tus uñas y aguza tu ingenio privilegiado, porque de lo contrario, esta fiera humana como tú me llamas, éste mónstruo del abismo, te destrozará y te devorará entre sus garras. Preparado está el golpe; veremos cómo escapas. Hasta después. (Sale por el foro)

ESCENA SEPTIMA

Ernesto, después Elena y Carmela.

ERNESTO (Saliendo de la izquierda) Mi padre tiene razón; hay que vivir prevenido y el que tiene una colocación como la mía y una novia como la mía, ha de prevenirse contra la envidia y la maldad. La verdad es que yo no tengo más que motivos para estar contento; D. Cayetano es un padre para mí y más que como dependiente, me trata como si fuese un hijo o un hermano y Elena, oh! Elena, hace lo bastante correspondiendo al cariño tan grande que por ella siento. Es un ángel, hermosa, fina, educada y con un corazón más hermoso aún que su cara; y después única heredera de don Cayetano que pasa por ser uno de los más ricos fabricantes de la capital. Esta es mi pesadilla; si Elena fuese una pobre como yo, tengo la seguridad de que no me aturdiría cuando voy a hablar con ella; pero es rica y el respeto que infunde el dinero, hace que mis palabras se entrecorten en mi garganta y el color rojo asome a mis mejillas. No se por qué tengo un ligero presentimiento, bah! Tonterías. (alegre) Qué quieres corazón? De qué te quejas si eres el más feliz de los corazones? (Entran Elena y Carmela por el foro, llevando la última unos paquetes en la mano)

ELENA Se puede pasar? Buenas tardes Ernesto. (Le dá la mano)

ERNESTO Elena!.. Se puede saber a que debo la dicha de ver a V. por mi casa?

ELENA Ya lo sabrá V. curiosillo; pero primero dígame: iba V. a salir? Por mí no quiero que se entretenga, eh?

ERNESTO Elena, la única obligación que podría alejarme de su lado, sería una enfermedad de mis

padres o mis deberes en el escritorio; afortunadamente mis padres están sanos y buenos y la fábrica ya sabe V. que no se abrirá hasta mañana; todo lo demás es para mí asunto que no merece la pena.

ELENA Gracias, Ernesto; pero ante todo debo a usted una explicación. Sin duda extrañará V. y tal vez censurará mi visita a su casa sin previo aviso; más confío en que sabrá Vd. comprender y perdonar mi atrevimiento. Con motivo de ser hoy el santo de su buena madre, he pedido permiso a mi padre para hacerle un regalito, y no tan solo me lo ha concedido, sino que me ha autorizado para traérselo yo misma.

ERNESTO Agradezco doblemente la visita, bellísima Elena; si supiera V. lo dulce que suena a los oidos y lo grato que es al corazón ver las atenciones que tienen con nuestra madre...

ELENA Si, Ernesto, si; debe ser muy bueno y muy dulce. Ay!... Yo no he tenido la dicha de disfrutar de tal dulzura; perdí a mi madre cuando apenas tenía cuatro años... Quiere V. que entremos a darle a su madre la sorpresa?

ERNESTO Si, entraremos; pero antes quisiera comunicarle una noticia ahora que tenemos tiempo; sentémonos unos minutos, que Dios sabe cuando volveremos a tener otra ocasión como esta.

ELENA Por Dios, Ernesto, no sea V. pesimista; se va V. a Filipinas? (Riendo) En fin, sentémonos y veamos cual es esa noticia que ya me tiene intrigada. (Dirigiéndose á la criada) Carmela, pase V. a dentro, entregue esos paquetes a doña Emilia y dígale que estoy aquí.

CARMELA Al momento, señorita. (Entra en casa de Ernesto)

ELENA Ea!... Ya estamos frente a frente, caballerito; venga esa noticia.

ERNESTO Elena, siento en mi alma un profundo pesar.

ELENA Pesar?... Por qué Ernesto? No decía V. ayer que era tan feliz?

ERNESTO Si, Elena, si; soy feliz porque estoy convencido de su cariño; pero siento decirle que nuestros cortos idilios, nuestros juramentos de amor, nuestros ensueños de felicidad, van a tener pronto un intérvalo de amargura y de tristeza; amores, venturas, dichas y ensueños, serán en breve sustituidos por una sola palabra: esperanza.

ELENA Qué dice V. Ernesto?... No le comprendo.

ERNESTO Que muy pronto abandonaré este suelo testigo de mis horas de placer; que dentro de pocos días saldré de España, Elena mía; la Patria necesita del esfuerzo de todos sus hijos y es preciso correr a defenderla. El Gobierno ha adelantado unos meses nuestra incorporación; soy soldado desde mañana y antes de veinte días partiré para Africa a defender el honor de nuestra querida Patria.

ELENA (Con tristeza) Jesús!.. No lo esperaba tan pronto...

ERNESTO Y próximo el día que tendré que dar a V. el último adiós, deseo oir de su boca una vez más aquel juramento solemne que tantas veces ha inundado mi corazón de dicha y de felicidad. Deseo, ángel mío, que me prometas, así, y perdona la franqueza, que me prometas que en el fondo de tu alma guardarás eternamente mi recuerdo. De ese modo, el amor fundirá nuestros corazones con amalgama tan indisoluble que será imposible separarlos; me lo juras?...

ELENA (Con decisión) Sí, Ernesto, sí. (Señala al corazón) Aquí vivirás mientras yo conserve la existencia.

ERNESTO Gracias, Elena, gracias. (Le coge las manos) Ahora ya puedo partir tranquilo y cuando al entrar en combate, invoque, mirando arriba, el nombre de mi España, allá en el firmamento,

rodeadas de nubecillas blancas, se me aparecerán dos imágenes, las dos queridas, las dos adoradas: la de mi madre y la tuya, que me alentarán con sus miradas diciéndome: Adelante, siempre adelante... Y entonces, cobrando mi cuerpo nuevos bríos por la influencia de vuestras miradas, me sentiré fuerte, invencible y embestiré contra las huestes sarracenas con la fuerza y el valor de nuestra sangre, de la sangre española.

ELENA — Bravo, Ernesto, bravo. No esperaba ménos de tí, y yo entretanto rezaré todos los días a mi Virgen, a la Virgen del Rosario, para que te ampare y te defienda de las balas enemigas, y mis plegarias, que llegarán al corazón de nuestra santa, te devolverán sano y salvo el regazo de tu madre querida y a estos brazos que te esperarán ansiosos de estrecharte.

ERNESTO — Y dime, Elena mía: si cumplida mi misión sacrosanta tengo la dicha de volver glorioso a tu lado, me otorgarás el premio que merecen los buenos, los cariñosos, los que en sus horas de ausencia sólo piensan en su amada? Me lo concederás? Serás entonces mi esposa?

ELENA — Te lo juro.

ERNESTO — Entonces, hasta la vuelta, vida mía, y cuando mi madre querida vaya a tu casa con la carta de su hijo en la mano a derramar una lágrima, consuela su dolor, Elena, y dile que tenga resignación y esperanza, que no tardará el día venturoso en que pueda abrazarla y abrazarte a tí. Lo harás así?

ELENA — Vive tranquilo, Ernesto; te prometo no abandonar a tu madre en tu ausencia. Ambas lloraremos tus tristezas y reiremos tus alegrías y para que constantemente te acuerdes de mí, toma este anillo; colócatelo en el dedo y él será el testigo perpétuo de nuestro amor.

ERNESTO — Oh!.. Gracias, Elena mía; aquí, joya relu-

ciente que tanto tiempo has aprisionado el dedo de mi amada; desde hoy eres mi compañero; mi amigo y a tí, solo a tí, confiaré el secreto de mis amores, de mis ilusiones bellas, de mis esperanzas....

ESCENA OCTAVA

Dichos, Sr. Felipe, Emilia y Carmela.

S. FELIPE (Saliendo de su casa) Hola!.. hola!.. Cuanto bueno por aquí.

EMILIA Señorita Elena!.. Mil gracias por el regalo. Que corte de traje más hermoso...

ELENA Vamos, Emilia, no me dé V. las gracias; eso no merece la pena. Mucho más merece V.

ERNESTO No esperaba V. de seguro tan grata visita; verdad mamá?

S. FELIPE A mí, las visitas agradables me gustan así, de sorpresa, sin esperarlas.Pero ¡Que cabeza la nuestra!.. Pasen Vds. adentro, señorita, pasen y descansarán un ratito.

EMILIA Sí, pasen...

ELENA No, gracias Emilia; tengo necesidad de volver a casa pronto. Mi padre regresará para comer y aunque sabe que estoy aquí, no me gusta hacerle esperar.

S. FELIPE Que buena es!.. que buena!

ERNESTO Sí, papá; Elena es un ángel.

ELENA Un poco menos, amigo mío, un poco menos. Bueno, pues entraré un segundo.

EMILIA Sí, vamos; vamos Carmela, se llevará usted unos claveles de la maceta de Ernesto, ahora que no lo oye. (Con alegria)

ERNESTO Con mucho gusto; Córtelos V. todos mamá. Cuando mejor empleados que ahora? (Elena con mirada agradecida)

ELENA Gracias, Ernesto.

S. FELIPE Y nosotros, hijo, nos llegaremos a casa del administrador; quieres?

ERNESTO Como V. quiera, papá. Hasta luego madre. Elena, hasta después. (Le dá la mano)

LAS DOS Adiós... adiós. (Al ir a salir por la puerta entra D. Cayetano, pálido y descompuesto)

ESCENA NOVENA

Dichos y D. Cayetano, después Serafín.

D. CATNO (Desde la puerta y deteniéndolos con la mano) Un momento, señores.

ELENA (Acercándose á su padre) Tú aquí, papá?

S. FELIPE Cuánto bueno por mi casa. Pase V. D. Cayetano, pase V.

D. CATNO No es preciso, aquí mismo.

ERNESTO Qué pasa D. Cayetano? Está V. pálido.

ELENA Qué tienes, papá?

D. CATNO (A Ernesto) Pasa Sr. mío, que para pagarme V. tantos favores como de mí ha recibido y en prueba de profundo agradecimiento por mis benevolencias y atenciones, emplea usted la acción más cobarde y más villana: el robo.

ELENA ¡Jesús!..

EMILIA Qué es esto, Dios mío?..

D. CATNO Pase que hubiese V. sido un desagradecido conmigo, porque al fin y al cabo de desagradecidos está el mundo lleno; pero un ladrón, eso no podía jamás esperarlo de quien como V. me debe por lo menos gratitud.

ERNESTO (Con energía) Que dice V. D. Cayetano?..

S. FELIPE Eso es incierto D. Cayetano; V. sufre una equivocación.

ELENA (Cogiendo á su padre por el brazo) Por Dios, papá; de seguro estarás en un error.

C. CATNO (Apartando á su hija) Señorita, está hablando su padre y es preciso que V. se calle. (Elena se aparta llorando) Señores: Basta de farsas ridículas que a nada conducen; no quieran encima irritar más mis nervios burlándose de mí.

Esta mañana quedaron depositadas en la caja, de la que tan solo V. y yo tenemos la llave, treinta mil pesetas destinadas a pagar los sueldos y jornales del mes. No es así?

ERNESTO (Asustado) Si señor.

D. CATNO Pues bien; necesitando yo al medio día con urgencia una cantidad y no pudiendo sacarla del Banco por lo avanzado de la hora, acudí a la caja y en la caja no había un céntimo.

ERNESTO Santo Dios!...

S. FELIPE Que horror!

EMILIA Pobre de mí!... (Llora)

D. CATNO Y no salga V. ahora diciendo que un ladrón habrá entrado, porque un ladrón ageno no se filtra por las paredes, pues las puertas y cerraduras del escritorio y de la caja estaban intactas y sin la menor señal de violencia. Y como nadie más que V. tiene esas llaves, por eso puedo decir muy alto que V. es el ladrón.

ERNESTO Protesto del insulto. Yo ladrón? .. (El Sr. Felipe se deja caer en la silla y Emilia se sostiene en él. Ambos lloran).

D. CATNO Comprendo la jugada. La cosa estaba bien pensada, si señor. V. habrá dicho: Como en breve he de marchar a Africa y de allí sabe Dios quien volverá, vamos por lo pronto a darnos una temporada de buena vida. Muy bien; vamos a terminar. Desde luego queda V. despedido de la casa y en lo sucesivo no volverá V. a mirar a esta señorita. Lo oye usted bien? Mas usando hasta última hora de la bondad que me caracteriza y que V. no ha sabido apreciar y mirando tan solo a las venerables canas de sus padres, le concedo treinta días para restituirme dicha cantidad; pero si cumplido el plazo no ha hecho usted efectivas esas treinta mil pesetas, usando de los derechos que la ley me concede, denunciaré a V. a los Tribunales e irá a V. a pre-

sidio por ladrón. Ahora, hija mía, vámonos de esta casa para siempre. Tu cariño hácia ese hombre he sido yo el primero en consentirlo y fomentarlo porque lo creía honrado y digno de tu nombre. Hoy veo que es indigno de elevar su mirada hasta tí. Salgamos.

ERNESTO Pero D. Cay...

D. CATNO Ni una palabra más; adiós. (Sale por el foro)

S. FELIPE Qué dices a eso, Ernesto?

ERNESTO Que es una infame calumnia; yo no he robado el dinero; lo juro por mi madre, lo juro por lo más sagrado.

S. FELIPE Pero olvidas, insensato, que no existen más llaves de la Caja que las tuyas?

ERNESTO Entonces V. también duda? También V. me cree ladrón?

S. FELIPE Defiéndete pués; todas las pruebas te condenan.

ERNESTO Sí, todos me condenan; todos huyen de mi.. La calumnia infame se cierne sobre mi frente inmaculada y en esta hora fatal, en esta hora terrible para mí, todos me abandonan. Me culpa D. Cayetano, me culpan los de la fábrica, me culpa mi padre, me culpa mi madre, y ella... ella me culpa también: se fué sin una sola mirada de consuelo para mí.... Solo!.. Gran Dios!., Solo!..

NIÑO (Saliendo de prisa de casa de Ernesto) No, Ernesto; solo no, que aún queda uno: yo. Si señor, yo que todo lo he oido desde detrás de esta puerta y que tengo la seguridad de que es V. inocente. Yo le ayudaré a buscar al ladrón y si damos con él... (Amenaza con los puños)

ERNESTO Gracias, Serafín, gracias, veo que aún quedan en el mundo corazones nobles y agradecidos. abrázame, amigo mío y así, junto los dos, a luchar, a indagar, a buscar por todos los rincones. Aprovechemos el plazo que me dan para restituir la cantidad robada y es-

forcémosnos en descubrir al ladrón de mi honra. Amargada deja V. mi alma D. Cayetano; vamos a ver si conseguímos responderle con las pruebas claras de mi inocencia. Desigual es la lucha, pero no hay más remedio que aceptarla. Luchemos pues, Serafín. Si triunfamos, mi honra perdida brotará incólume y resplandeciente, confundiendo con su luz brillante y poderosa al miserable criminal; más si desgraciadamente sucumbimos en la lucha, entonces tan solo nos quedarán dos caminos. (Llorando y desesperado) A tí, el de pedir a Dios que tenga piedad de tu amigo.. A mí, el camino de la deshonra, el camino del presidio.... Vamos, Serafín, vamos...
(Salen corriendo por el foro)

TELÓN RÁPIDO



ACTO SEGUNDO

Barracón de campaña en el campamento español de Sidi-Amet-El Hach en las avanzadas de Melilla. Puerta al foro por donde se vé el campo; en el ángulo izquierdo aparecen sentados tres soldados y un cabo, éste tiene en la mano una guitarra; en el suelo envueltos en mantas y durmiendo, otros dos individuos que son Victor y el moro Alí. En el centro de la escena o a un lado adecuado se verán unos fusiles; á la derecha y cerca de la batería un soldado sentado en el suelo escribiendo una carta sobre un tambor. En el ángulo opuesto y también cerca de la batería un cabo sentado en una silla leyendo el periódico Distribuidos por la escena, habrá corneta, mochilas y equipos de soldados. En primer término izquierdo una puerta que indica el cuarto de los sargentos. Son las nueve de la noche.

ESCENA PRIMERA

Cabo Ramirez, Cabo Morales, Guerrita, Mochuelo. Carrasco y un soldado comparsa y durmiendo en el suelo, Victor y Alí

C. MORLS Venga, venga esa malagueña, Mochuelo. (El Cabo toca la guitarra)

LOS OTROS DOS Venga de ahí... olé!.. olé!..

MOCHUELO (Cantando) Ay... ay...

GUERRITA (Deja de escribir y se vuelve hacia el grupo) Quereis callar ya con la juerguecita, home? Que dende que estáis aquí he puesto setenta fartas de autografía? Dejadme concluir la cartita y aluego cantáis y bailáis tóo lo que sus dé la gana. No es verdad, Cabo Ramírez?

C. RAMRZ Sí, hombre, sí; sed condescendientes y dejadle escribir la carta.

C. MORLS Ea, pues a callar; después continuaremos. Sigue, Guerrita. (Le dá la guitarra a Carrasco y vá junto a Guerrita) Sigue escribiendo y cuidado con las «h», eh?

GUERRITA Las zache? Ezas no las pongo ya más en mi

vida, cabo Morales. Afigúrese V. que el otro día tuve que poner er parte de relevo porque er cabo no estaba y al poner «Dios guarde a Uzía» puze una hache delante de uzía y sabe V. lo que me dijo er ofisial ar entregarle er parte? Pús que er Coronel siempre iba solo y como Uzía era er Coronel, que no necesitaba compaña; que borrara la hache o que hiciera otro parte nuevo. Dende entonses he rezuerto zuprimir las zaches. Pús y lo que me pasa con la b chica y la b grande? Y que ziempre ma de tocar a mí, home. Er domingo tuve que jasé una rilación de prendas y otro parte de la vegilancia. Güeno; pues en er parte de la vegilancia tenía que poner: «Había un zordao zolo y beodo» Amos. Cabía empinao er codo. Pué bien, puze beodo zeparado; primero beo y aluego do y el beo lo puze con bé chica, vamos con uve. Dimpués ar leer er parte er sargento, zarta y me dice: «Hombre!.. Como dice V. que había un zordao zolo y luego dimpués dise que vé dos? Y tenía razón, porque aquello desía veo dó. Ná home, que a mí las siencias no me entran.

C. MORLS Bueno, hombre, bueno; y qué le dices a tu novia?

GUERRITA Zi no é pá mi novia, cabo Morales; zi esta carta es pá mi mare.

C. MORLS Le contarás los combates y lo valiente que has estado, eh?

GUERRITA Cá, no zeñó. Yo nunca le cuento ezo; ezo zon pequeñece; yo no le cuento má que coza importante. Verá V., verá V., cabo Morales (Leyendo la carta) «Campamento de ZIDIMITEA...»

C. MORLS No hombre, nó; se llama Sidi-Amet-El Hach.

GUERRITA Como ha dicho V.?

C. MORLS Sidi-Amet-El Hach.

GUERRITA El Hach?.. Y ezo es un nombre? Pú zi ezo parece un estornúo. Cuarquiera me jase po-

ner ezo; ezos nombres moruros no los entiendo yo ni con un farol de ezos nuevos daceite líneo, seguiré. (Lee) «A treinta y dos de Junio der prezente año»

C. MORLS Treinta y dos de Junio? Pero si Junio no tiene más que treinta días.

GUERRITA Pero cabo Morales; por Dios; no me dijo usted anteayer que estábamos a treinta? Pús hoy estaremos a 32, porque ayer sería 31.

C. MORLS No, hombre, no; al mes de Junio no le corresponden más que treinta días. Hoy estamos a 2 de Julio.

GUERRITA Bueno, home, pero yo no lo borro; el mes de Julio no ze enfadará porque yo le haya robao dos días y ze los haya dao a zu compañero.

C. MORLS (Riendo) Sigue, hombre, sigue.

GUERRITA «Inorvidable mama: Zabrá V. que V. está güena, yo güeno y me dise V. como está mi pare y mi hermanita a Dios gracias pa lo que guste mandar.» Está bien, eh? Ya lo creo que está mu bien. «Mama: No te apures, que zegún dice er zargento Ernezto que zabe mucho de tó, porque es mu escribío y mu leío, la campaña toca... toca...» (Se oye la guitarra) Home, Carrasco; quieres callar ya con la guitarrita?

CRSCO. Hombre, en qué quedamos? No estás diciendo toca... toca? Yo entendí que podía tocar.

GUERRITA (Riendo con fuerza) Je... je... je... No zea bruto, home, no zea bruto. Zi yo lo que leía era que la campaña toca a su fin.

LOS TRES Ah!...

GUERRITA Ah!... Qué bruto zon, verdad? Probecillos!.. (Sigue leyendo) «Mama: Tengo una jambre ahora mesmo que era capaz de comerme ar cabo Morales si jueze un cochino azao.

C. MORLS (Enfadado) A mí, hombre?

GUERRITA Ezo no é má que una feguración, cabo Morales. Es por desirle a mi mare la jambre que

tengo. (Sigue leyendo) «Mama; Esto me prueba mucho y zegún ma dicho er Coronel pronto me van a cruzificar...»

C. MORLS Crucificar?.. No seas bruto, hombre. Que te van a crucificar?

GUERRITA Zi zeñó. Está mal puesto? Pús no ma dicho er tiniente que a él lo van a condecorar porque dice que le ván a da una condecorasión? Pús como que er Coronel ma dicho que me van a dá una cruz, yo creo que me van a crucificá... Y si no es así que venga Dios y lo vea. (El Cabo rie) Amo... que tampoco lo borro; home. «Mama: Y no cansándome má, risibe un beso pa mi pare, otro pa mi hermanita, otro pa tí muy juerte y afectísimo seguro zervídó que beza zu mano y lo zoy, Indalesio Guerra» Eh? que le paese er final? Superior, eh? Ezo de zeguro zervidor es moerno y me lo ha enseñao Ballenilla, que es de la vera de mi pueblo. «Por data. Mama: En cuanto que pueda V. mándeme un durillo pá una latilla de zardinas, pero no me lo mande por el alambre, que en este lao za roto der temporal y er durillo ze perdería...» (El Cabo se rie con toda la gana y Guerrita se levanta) Home quería ponerle la liebre que cogimos ayer en er campo. pero ya la liebre no coge en la carta. Y que ahora que macuerdo ma dicho er zargento que la liebre ze la debía regalar ar Capitán que venía con nozotros.

C. MORLS No se la regales.

GUERRITA Porqué?

C. MORLS Porque el Capitán es vegetariano.

GUERRITA Ve.... ta.... ria.... no? Y ezo que é?

C. MORLS No seas bruto, Guerra; vegetariano quiere decir que no come carne.

GUERRITA Ezo quié desir?.. Pué entonse toa la compañía zemos vetarianos.

C. MORLS Porqué, hombre?

GUERRITA Pué porque nunca probamos la carne; no ve

V. que toa ze la come er ranchero?

C. MORLS (Riendo) Está bueno, hombre; tiene gracia la cartita. Yo creo que si la leen en tu pueblo te nombran académico de la lengua.

GUERRITA De la lengua? No zería mala lengua eztofá la que yo me comía ahora mesmo, aunque juese de vaca. En fin, si V. me deja, me voy a darle la cartita ar brigada y de paso a comerme un biztelillo que he mandao freir en la cantina.

C. MORLS Pero hombre, acabamos como quien dice de tomar el rancho. ¿Serás capaz de comerte un biftek con apetito?

GUERRITA Con apetito no zeñor, con papas.

C. MORLS Bueno hombre, Espera un poco, que antes de que toquen silencio hay que dar la lección; ya sabes que el Capitán me ha encargado que no os deje de la mano. A ver!.. La sección de los torpes. (Se acercan Carrasco y Mochuelo)

LOS TRES (Levantando la mano) Prezente!..

C. MORLS Vamos a ver, tú, Mochuelo; ¿Cuantas estrellas tiene el Coronel?

MOCHUELO (Contando con los dedos) Treinta y seis.

C. MORLS Animal!..

MOCHUELO Prexente!. Como el asistente del Coronel ma dicho que zu amo tiene zei guerreras y como en cada guerrera tiene zei estrella, pué yo zaco treinta y zei.

C. MORLS Fuera, ganso, fuera. (Le dá un puntapié y Mochuelo se vá por la puerta del foro. Al llegar a la puerta se da cuenta el cabo y le llama) Pero donde vás tú. Mochuelo?

MOCHUELO Como V. al darme... aquí (Señala con la mano) me dijo que a fuera... a fuera... pué yo iba a donde V. me dijo.

C. MORLS Yo si que te voy a dar a tí, lo que mereces. Ven acá, necio.

MOCHUELO Nesio?.. Vamos, menos mal; ahora me ha llamao una cosa fina. Como ziempre me lla-

ma bruto y animal....

C. MORLS A ver. Guerrita, qué tratamiento tiene el Rey?

GUERRITA Mú güeno, cabo Morales, mú güeno.

C. MORLS Como, muy bueno?

GUERRITA Zi zeñó; como ziempre que uno come y bebe mú bien disen que lo han tratao como a un Rey... Pús por eso digo yo que er Rey debe tener un tratamiento mú güeno.

C. MORLS Vamos, no vá mal el colegio. Tú. Carrasco: cual es la posición para hacer fuego?

CARRASCO Para hacer fuego? Esta. (Se pone en coclilla)

C. MORLS Acémila! Así se hace fuego?

CARRASCO Si señor; yo siempre lo he hecho así y con una cerilla he encendido la candela.

C. MORLS Bien, hombre; sobresaliente. (Los otros dos se rien)

GUERRITA (A Mochuelo) Qué bruto es, verdad?

C. MORLS Tú, Guerrita, que tanto te ries; como se llama su Majestad?

GUERRITA Padre, Hijo y Espiritu Santo.

C. MORLS Y eres tú el que te ries, borrico?

GUERRITA Pué zi no e azí, er cura de mi pueblo me engañó, porque me dijo que Zu Divina Majestad era, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

C. MORLS Bueno, hombre, basta de lección. Habéis aprendido mucho vosotros de unos días a esta parte. Ea!.. Podéis hacer lo que os dé la gana mientras tocan silencio.

MOCHUELO Yo voy á ver si limpio un poquillo la ropa (Se pone a cepillar un pantalón y Carrasco y Guerrita un zapato. El otro cosiendo una prenda)

C. RAMRZ (Dirigiéndose a Morales) Estás de servicio. Morales?

C. MORLS Sí, estoy de primer cuarto contigo.

C. RAMRZ Pues hemos de tener cuidado, que los sargentos no están.

C. MORLS Ya lo creo y hoy más que nunca; está de semana el sargento Ernesto y de ningún modo quisiera que tuviera ningún compromiso.

C. RAMRZ Bien, hombre, bien; conque de servicio juntos, eh?

C. MORLS Sí, hombre y me alegro, pues así podremos echar un parrafito; estos perros de moros no nos dejan en paz ni un instante y desde que salimos de Valencia, no hemos estado juntos media hora.

C. RAMRZ Anda, chico, que llevamos dos zafarranchos buenos: el del 20 de Marzo y el de ayer. Pero oye; observo que estamos de pié y yo estoy cansado; sentémonos un poco y mientras echamos un cigarrito y un párrafo, se nos pasan las dos horas; te parece?

GUERRITA Tiene rasón er cabo Ramírez; er señor cura de mi pueblo me dijo un día, que er tiempo que se ha de pazá de pié, e mejor sentao y er que ze ha de estar zentao, e mejor tumbao.. Conque muchacho, tomad asiento. (Se sientan todos en el suelo menos Carrasco) Vamos, tú, Carrasco, no tenga reparos, home; los muelles der zillón están un poquillo orzidaos y funcionan mal, pero hay que acostumbrarse a tó. En este «ristaurante» no poemos pedir muchas comodidades. (Rien todos)

G. MORLS Este Guerrita será siempre el mismo. (Se rie)

GUERRITA Como que zoy de la provincia de Málaga, cabo Morales y de una familia que le disen de apodo los «bailaores» y créame V. que el apodo es una verdad. En mi caza cazi nunca comíamos, pero guitarra, jaleo y baile, ozú!. como que ezo era la zopa, er principio y er postre de cazi toas las comidas. (Todos rien)

C. MORLS En fín, tienes razón; Ramírez; echaremos un cigarrito. (Saca tabaco. Al ver el paquete, todos dejan de limpiar y se asoman hacia el cabo, el cual les da un cigarrillo primero al cabo Ramirez y luego a cada uno diciendo) Vamos, muchachos, más vale llegar a tiempo.

GUERRITA Dioz se lo pague a V. cabo Morales y permita la Virgen que en er primer combate le den a V. la gran Cruz laureada de San Fer-

nando. (Riendo todos)

C. MORLS Con que decías, amigo Ramírez, que dos zafarranchos buenos, eh? Ya lo creo que fueron buenos, no se cual fué más duro, si el del 20 de Marzo o el de ayer.

C. RAMRZ Sí, el del 20 fué el combate en el cual ganó Ernesto los galones de cabo y una cruz pensionada, verdad?

C. MORLS Sí, y puedes creer que todo fué bien merecido.

GUERRITA Que zí e bien merecido? Como que er zargento Ernesto e er gachó de más puños de tó er regimiento.

C. RAMRZ Tú estarás muy agradecido a él, verdad Guerrita? Porque en la orden del dia he leído que ayer te salvó la vida.

GUERRITA Que zi estoy agradecido? Como que hasta ahora yo no tenía más que dos pares; mi pare y mi mare; pues bien, dende ayer tengo tres. Mi pare, mi mare y er zargento Ernezto. Con que mire V. zi lo querré.

C. MORLS (Riendo) Tiene gracia, hombre. Bueno lo querrás como a un hermano.

GUERRITA Que hermano, ni hermano, cabo Morales? Zi a mi hermano yo no lo quiero ná. Afigúrese V. que e mayor que yo y cuando ibamos ar campo y yo era chavalillo, ziempre ze comía él las tajás y a mí me dejaba ná más que las habichuelas. Yo no quiero a mi hermano, home. (Todos rien)

C. RAMRZ Bueno, mira, cuéntanos como fué el salvarte la vida ayer; yo tengo ganas de oirlo; pero por tí mismo.

GUERRITA Home, Cabo Ramírez, yo carezco de eso, güeno. de ezo que er diputado de mi pueblo le llama auratoria y yo le llamo labia; pero a mi manera zi ze lo contaré a V., zi zeñor. Pos verán Vdes. (Se levanta, tose, hace unos cuantos guiños y empieza) Ya zaben Vdes. que er enemigo nos había quitao la bandera del regimien-

to, dimpués de matar al abanderao de doz balazo en la cabeza. Ver esto er cabo Ernezto, que ya zabéis que ayer en toavía era cabo, y arremeter con ocho soldaos contra er grupo de moros, tó fué obra de un segundo. Yo fuí uno de los hombre elegio por Enezto. Avanzamos a la bayoneta y a pazo ligero con Ernezto ar frente, que paesía otro hombre. Con los ojos mu abiertos y con los dientes repicando nos había dicho: «Muchachos: Vamos a consentir que ezo granujas se lleven nuestra bandera?» No, dijimos tós, y de una carrera nos plantamos en medio de loz moros. Ellos eran lo menoz treinta; nozotros nueve. Culatazo va, culatazo viene, dejamos once o doce fuera de combate. Ernezto paesía una fiera; zartaba como un tigre y cada vez qne dejaba caer er fusil, cráneo partío. Er que llevaba nuestra bandera, era un morazo negro como el betún y más grande que la Giralda de Sevilla y le rodeaban otros tres de su pelaje. Zarta Ernezto en medio der grupo y de un culatazo de los zuyo, tumba al de la bandera patas arriba, pero er condenao la tenía tan agarrá, que aún dimpués de muerto no la zoltaba. Ya Ernesto había zacao er cuchillo para cortale los dedos con que agarraba nuestra enseña querida, cuando se abalanzan contra él los tres moros que le rodeaban. Veo la faena, zarto como un corzo en medio de ellos tan a tiempo, que una gumía estaba a punto de rebanarle a Ernezto la cabeza; mato ar moro de un bayonetazo, pero ar mismo tiempo, recibo un gran golpe que me deja sin conosimiento. Ya no zupe más; pero zegún er mismo Ernezto me ha contao, ze dió cuenta a tiempo y dando un fuerte rodeo con er fuzil, mató otro moro, huyendo el que queaba, y cogiendo rápidamente mi cuerpo muerto zobre zus ez-

pardas y la bandera en la mano izquierda, zale pa donde estaba la columna, ziguiéndole los cuatros zoldaos que quedaban vivos, aunque tós heríos; ya nuestras fuerzas se habían dao cuenta de la situación y había llegao un ezcuadrón en nuestro auxilio, que desbandó a los moros restantes. Er general comentó er suceso; zu valor y zu heroísmo fueron estampaos en la orden del día, allí mismo le concedieron los galones de zargento, proponiéndole para otra cruz de mayor penzión, y yo, en er mesmo campo de batalla, al volver en mi conosimiento, sin fijarme en zus galones, le dí un abrazo y dos bezos tan juertes como los que me dió mi mare cuando salí pa er zervicio. Ea! ya lo zabéis tó. Por ezo digo y diré que er zargento Ernezto ez er hombre más bravo der regimiento; lo ha dicho Indalecio Guerra, y er que diga que nó, ya zabe que tié que entendérselas conmigo.

TODOS Muy bien, muy bien, bravo, Guerrita, bravo.

C. RAMRZ Sí que es un valiente, sí; ahora comprendo por qué ese envidioso de Víctor habla tan mal de él por todas partes; por celos, por envidia; pues yo de buena gana se lo decía al sargento; tanto para que se librase de él, como para que de paso le diese una lección.

C. MORLS Es inútil; no toleraría que nadie hiciese a Víctor el menor daño; además de valiente es noble y bueno.

C. RAMRZ Pero oye; con la charla se nos ha pasado el tiempo. Te parece que demos una vuelta por la guardia?

C. MORLS Como tú quieras. (Se levantan todos y se oye dentro la corneta tocando silencio) Muchachos: han tocado silencio, cada uno a su tienda.

GUERRITA, MOCHUELO Y CARRASCO (Saliendo) Buenas noches y descansar. (El soldado comparsa tiende su manta y se acuesta)

C. MORLS Igualmente; vamos Ramírez?
C. RAMRZ Vamos. (Sale por el foro)

ESCENA SEGUNDA

Ernesto y Victor

ERNESTO (Entrando) No estoy tranquilo; nada; todos duermen como benditos. Si pasase algo, la responsabilidad sería de los sargentos por dejar esto solo; sin embargo, no hay más remedio que cumplir con los compañeros; es costumbre antigua que al ascender un cabo a sargento convide a sus compañeros de regimiento y yo lo hago con mucho gusto, porque todos son dignos y buenos amigos. Cuánto siento no poder sentar en aquella mesa al pobre Víctor!. Pero me ha dicho Ricardo, que esto sería faltar a la disciplina. Que severidad! No obstante, después del banquete puedo yo convidarlo a cenar en mi cuarto. Ah! Eso sí; eso no me lo puede afear nadie. Voy a despertarlo para decírselo. (Se dirige a Victor)

VICTOR (Despierta de mal humor y se sienta) Qué pasa? Para qué me llamas? Vas a hacerme algún sermòn?

ERNESTO Víctor, eres incorregible. (Victor se levanta) Yo creí que ya lejos de nuestra Patria y entre muchachos nobles y buenos españoles, olvidarías tus primitivos rencores y cumplirías como bueno; pero veo que me he equivocado.

VÍCTOR No decía yo que me despertabas para hacerme otro sermón?

ERNESTO No, Víctor, no; te he llamado para decirte que dentro de un rato, al terminar la cena de los sargentos, te espero en mi cuarto para que cenes conmigo; precisamente allí no he comido para tener ganas después.

VÍCTOR Pues podías haber comido, porque a mí no

me hace falta tu cena. Los soldados (Con ironía) no pueden alternar con los sargentos y déjame dormir que tengo sueño.

ERNESTO (Cogiéndole por un brazo) Espera, que después de todo, tienes todo el dìa para dormir; al fin y al cabo no sales nunca al campo. Bien puedes descansar.

VÍCTOR Me lo echas en cara?.. Pues...

ERNESTO Sí, Víctor, sí; te lo echo en cara y me avergüenzo de que todo el mundo lo diga. No tardará mucho tiempo en que algún jefe te lo diga a tí. Siempre rebajado, siempre enfermo sabiendo todos que no lo estás; los soldados murmuran y con razón y si no se atreven a más es porque saben que yo te protejo. Cabos y sargentos hay, que en mi cara me han dicho que eres un cobarde y no quiero, no; no quiero creer que lo haces por cobardía, Sería espantoso.

VÍCTOR Qué os importa a todos? No quiero pelear, no, y no saldré como no sea a la fuerza, y si salgo... yo se lo que he de hacer. De las guerrillas al campo moro solo hay un paso, una carrera, y...

ERNESTO (Cogiéndole del brazo) Calla, calla, que no te oigan, porque me horroriza pensar que antes de veinticuatro horas serías fusilado y tal vez yo mismo tendría que mandar el pelotón... Abusas de la amistad, Víctor. No, no tienes remedio. En tu alma podrida no queda síntoma de honor. Ya no te conformas con odiar a tus jefes, a tus amigos, a tu Dios, a a tu Patria, a tu Rey; ya tu espiritu desenfrenado y cruel va más allá; ya quieres hasta convertirte en traidor, en desertor. en asesino tal vez de tus hermanos.

VÍCTOR Hermanos!... Vosotros no sois mis hermanos; esos imbéciles no son mis hermanos, son borregos que van humillados al matadero. Y basta ya de sermón. (Quiere retirarse)

ERNESTO Sea, pues. Basta ya, Víctor, y quiera Dios iluminar con su poderosa luz tu entendimiento. Sigue con tus infames teorías, y si un día como digno remate de tus infames doctrinas, te ves sumido en la desesperación y en el infortunio, no digas que fué por abandono de tu amigo, que bastante ha procurado por tu regeneración. Duerme, duerme tranquilo. Yo voy al lado de los míos, de los buenos, de los hijos amantes de su Patria y de su deber; tú te quedas con tu conciencia, con tus odios, con tus rencores malditos, con tus malos espíritus. (Sale por el foro) ¡Dios te ampare!

ESCENA TERCERA

Víctor y después Alí.

VÍCTOR Creí que el maldito no acababa de salir. A ese afortunado a quien he jurado exterminar, le daré su merecido; de seguro que no volverá a dar a nadie consejos. Si me cojen me fusilarán; pero lo mismo da morir de balas moras que de balas españolas. Parece que todo se conjura contra mí y a su favor... y que a otro combate son capaces de hacerle Oficial, no me cabe duda. Pues no; eso no será... (Pensando) Si yo me atreviese.... pero no tengo valor... y luego si errase el golpe. estaba perdido. Ah! que idea!.. Si... ya... así... sin compromiso. Ese bestia de Alí que le tiene inquina porque le arrestó, tal vez se atreva... Precisamente mañana avanzamos y habrá jaleo. Sí, justo; ese moro será mi instrumento. No puede ver a Ernesto; con el odio africano que yo he encendido en su corazón contra él; con un puñado de pesetas puesto que aún me quedan bastantes de las

treinta mil de marras. todo se puede arreglar. El moro es vengativo y no perdona... Cuarenta duros a tiempo... El odio de Alí... El combate de mañana... Una bala escapada durante el ataque... Un sargento que cae... je.. je.. je.. Veamos, (Se dirige a Ali y le despierta) Ali... Alí... arriba; soy yo, Víctor.

ALÍ (Restregándose los ojos y sorprendido) Qué pasa?... Por qué me llamas a estas horas? Han tocado diana?.,

VICTOR En primer lugar baja la voz que podrían oirnos. (Se dirige a la puerta y la cierra) y en segundo lugar, dejame hablar a mí; si no será dificil entendernos.

ALÍ Habla, hombre, habla; ya tengo ganas de saber de que se trata.

VICTOR Contéstame. Odias mucho al sargento Ernesto?

ALI Que si le odio? Con toda mi alma; como puede odiar un moro. Me arrestó el día que más quería estar libre y como yo pueda me vengaré.

VICTOR Te arrestó el día que querías ir a ver a tu Fátima, verdad? Pues prepárate a no poderla ver nunca, porque yo le he oido decir que te va a tener arrestado todo el año, es decir, que he comprendido que no le eres simpático y sinó, mira a Mohamed que bien le trata y cuanto le quiere.

ALI Eso ha dicho? Pues que tenga cuidado, que él no sabe de lo que es capaz un moro.

VIÇTOR Bueno, eso será otro moro; ya sabe él que tú eres moro de paz. (Riendo)

ALÍ Qué dices?

VÍCTOR Vamos, Alí; no te hagas ahora el valiente y renuncia a ver más a esa mujer. Te vengarás... te vengarás... tonterías. Si tú quisieras vengarte, en tu mano tienes la venganza.

ALI Cómo? explícate.

VICTOR Pues muy sencillo. (Con misterio) Precisamente

mañana habrá tiros y no pocos; y según he oido, él manda la guerrilla de la vanguardia que hace el servicio de exploración. Sales tú voluntario para ese servicio con los otros 15 o 20 hombres; empieza el combate y en uno de los tiros se desvía un poco el fusil y el muerto al hoyo...

ALÍ Sí, pero matarlo me parece demasiado; yo me conformaría con darle un buen golpe que estuviera unos días en cama.

VICTOR No seas inocente, Alí. No comprendes tú que si lo hieres o solo le das un golpe, él canta, te cogen y te fusilan? Si no aseguras el golpe estás perdido. Ha de ser en la cabeza y apuntando bien. Pájaro muerto no canta.

ALÍ Puedes que tengas razón; vale más muerto que herido. Y que por falta de puntería no había de quedar.

VÍCTOR Además, hay otra cosa que tú no sabes; yo le tengo el mismo odio o más que tú.

ALI Tú? Y tan amigos ccmo sois?

VICTOR Fingido, Alí, fingido; somos paisanos y por cuestiones de una novia qne me quitó, juré vengarme; pero como yo no voy al combate mañana porque estoy rebajado por el médico, pues no puedo hacer nada; en cambio estoy dispuesto si lo quitas de enmedio, a hacerte un buen regalito.

ALI A mí?

VÍCTOR Sí a tí; te regalo cuarenta duritos que te caerán al pelo.

ALI Cuarenta duros? Pero tú tienes cuarenta duros?

VICTOR Míralos. Como esos. (Le enseña dos billetes de 100 pesetas)

ALÍ Que bonitos y que hermosos son! Nunca tuve yo ninguno.

VICTOR Pues ahora los puedes tener los dos y aún más, porque adelantado te regalo cinco duros en plata para que tomes una copa y al regre-

sar del combate, como hayas largado á ese al otro barrio, tuyos son los billetitos.

ALI — Y prometes guardar eternamente el secreto?

VICTOR — Por la cuenta que me tiene, lo guardaré.

ALÍ — Entonces, convenido.

VICTOR — Convenido. Vengan esos cinco y toma.

ALÍ — Vengan. (Se dán las manos y Victor le dá los cinco duros)

VICTOR — Y ahora a dormir y como si nada hubiésemos hablado.

ALI — A dormir y que Alá te guarde.

VICTOR — Hasta luego. (Se acuestan los dos)

ESCENA CUARTA

Sargento Ernesto y Sargento Ricardo

Entran los dos por el foro

RICARDO — Como roncan esos benditos! Creo que hemos tomado bien el fresco, verdad Ernesto?

ERNESTO — Ya lo creo, son las doce (Mirando el reloj) y hemos estado reunidos desde las diez; yo creo que no se quejarán los compañeros del Regimiento del nuevo sargento. Ha habido cena, refrescos, vinos, cigarros...

RICARDO — Sí, ha habido de todo y sobre todo un rato de expansión y alegría en todos los rostros y en todos los corazones; es decir, en todos no; en todos menos en el tuyo.

ERNESTO — Por qué dices eso?

RICARDO — Por qué? Porque tú tienes secretos para mí, Ernesto; porque... pero mira, sentémosnos; yo no tengo sueño y tú dices que no piensas dormir esta noche; por lo tanto, charlemos un rato; afortunadamente esta gente ronca como...

ERNESTO — Como cansados, amigo Ricardo; como cansados los pobres que están, pues la faena de ayer fué tremenda.

RICARDO — Y en la que fuiste el héroe como siempre.

ERNESTO — Bueno, no hablemos de mí, te lo ruego.

RICARDO Pues precisamente de tí es de quien tengo que hablar y no poco. Tú tienes secretos para tu amigo, para tu hermano como tú me llamas, y haces muy mal porque demuestras poca confianza conmigo.

ERNESTO Dices bien, amigo Ricardo; yo necesito desahogar mi pecho, pues de lo contrario creo que sucumbiré abrasado y me ahogaré entre mis penas; y puesto que lo quieres, puesto que lo pides, sea; pero júrame que lo que vas a oir jamás será pronunciado por tus labios.

RICARDO Te lo juro.

ERNESTO Yo, amigo mío, vivía feliz y dichoso en mí casita de Cádiz, y digo que vivía feliz y dichoso, porque poseía todo lo que un hombre puede anhelar. En la calle una buena colocación y la confiaza absoluta de mi principal y en casa una felicidad completa al lado de mis bondadosos padres. Pero desde el día funesto del robo de la Caja, que ya te he contado otras veces, la negra fatalidad me persigue, y créeme Ricardo, casi deseo que una bala enemiga se encargue de borrar tanta desdicha.

RICARDO Qué dices? No blasfemes, Ernesto; esas palabras, amigo mío, suenan a cansancio, a vencimiento, a decadencia, y permíteme que te diga que pronunciadas por un hombre joven y militar, son de un efecto desastroso.

ERNESTO Sí, Ricardo, tienes razón; sin embargo no me negarás que mi situación es bien triste. Mi honra perdida lo mismo que perdí la colocación, una enfermedad grave que me quitó veinte años de vida; la muerte de mi pobre madre a causa del disgusto que le causó la noticia de mi deshonra; la enfermedad de mi padre que cada día va peor y finalmente el desvanecimiento de mis ensueños y de mis ilusiones. Tú sabes amigo Ricardo, lo que es amar una mujer como yo la amaba? Por ella

hubiera dado cien veces mi existencia y la perdí, así, tontamente, sin pensarlo. Aquel momento fatal no se aparta de mi imaginación. Todavía la veo salir del brazo de su padre, sin dirigirme una sola mirada de compasión y aun repercuten en mis oidos las amargas palabras de D. Cayetano: «Jamás volverá V. a mirar a esa señorita». Claro es que también ella me cree autor del robo y naturalmente, Elena no iba a otorgar su mano a un ladrón. Tres cartas le he dirigido y de ninguna he obtenido contestación. La perdí, amigo mío, la perdí para siempre!.. (Llora)

RICARDO Pobre Ernesto!.. Pero sea como sea no debes desesperarte.

ERNESTO No, Ricardo, no me desespero; creo que estoy demostrando bastante fuerza de voluntad Más si ante los soldados trato de mantenerme sereno y alegre, es porque sacrifico mi alma y mis sentimientos a la severidad de la disciplina; es porque hago esfuerzos inauditos para dominar mis penas. Soy muy desgraciado, Ricardo, soy muy desgraciado.

RICARDO Y menos mal que no fuistes a presidio. Hubiera sido el colmo de las desdichas.

ERNESTO Gracias a una buena señora; a un alma caritativa que no ceso de bendecir desde el fondo de mi corazón. Figúrate que después del robo, y como D. Cayetano me diera treinta días para restituir la cantidad, mi pobre padre fué llorando a casa de aquella buena señora, a cuyos servicios había estado veinticinco años, la cual al oir el triste relato del robo, entregó las treinta mil pesetas sin consentir recibo alguno, diciendo que su mayor satisfacción era haber podido hacer esa obra de caridad. ¡Dios se lo pague!

RICARDO. De todos modos puedes tener un consuelo: que los que te conocen a fondo, te creerán inocente.

ERNESTO Sí, todos coincidían interiormente en mi inocencia, pero tampoco se les ocultaba lo difícil de mi situación. No comprendes que todos los detalles me condenaban? Las puertas sin fracturas, las cerraduras intactas, mis llaves en el bolsillo sin yo habérselas dado jamás a nadie. Vamos, que es para volverse loco.

RICARDO (Pensando) Y dices que las llaves las dejaste en el bolsillo de tu chaleco?

ERNESTO Sí, y éste colgado de la cama al cambiar de ropa.

RICARDO Vamos a ver, Ernesto; discurramos con calma, y si otro día al dejarte también el chaleco y estando tú fuera de casa, hubiese entrado alguien en ella y sacando el molde de las llaves aprovechando un descuido de tu buena madre, hubiese ido al escritorio, puesto que está separado de la casa de D. Cayetano y cometido el robo? Alguien conocedor de la fábrica y de tu casa. Víctor, por ejemplo.

ERNESTO Víctor, sí, en él pensé desde el primer momento, pero mi enfermedad primero y la marcha rápida después, me impidieron hacer pesquisas e indagaciones. Y a pesar de que lo he procurado, hasta hoy nada he podido averiguar. Por eso desistí de mi primer pensamiento y ya creo firmemente que Víctor no ha tenido en mi desgracia la menor intervención. Además, él hizo allí hasta que salimos para Africa su vida ordinaria y si aquí está algo más abundante que otros soldados, es porque D. Cayetano le colocó en el puesto que yo tenía y le envía una parte del sueldo mientras está en el servicio.

RICARDO Sin embargo, amigo Ernesto, a mí ese soldado no me gusta. Yo creo que no haces bien en prestarle tu protección. Es soberbio y díscolo y su envidia hácia tí raya en lo indecible.

ERNESTO Bah!.. no hagas caso. Es cuestión de carácter; en el fondo no es malo. Por eso amigo mío, me ves siempre triste y por eso expongo la vida a cada instante. Qué me importa la vida si no tengo honra?.. Ahora dime tú si no tengo razón.

RICARDO Sí, la tienes, pero estás obligado a vivir y a trabajar por tu rehabilitación.

ERNESTO Me es igual; yo la vida y la honra la quería para mis padres que me la dieron. Uno murió, el otro no tardará y tal vez sin que yo pueda abrazarle. Para qué quiero honra y vida?

RICARDO Que para qué? Para desenmascarar al culpable. Tu pobre padre se llevará a la tumba la convicción plena de tu inocencia. Ahora es indispensable que esa inocencia resplandezca a la faz del mundo.

ERNESTO Dices bien, amigo Ricardo; pero olvidas que no poseo un solo indicio, un solo dato que me guíe?

RICARDO No desmayes; desde hoy seremos tres a trabajar. Quién sabe si el tiempo se encargará de ayudarnos a descubrir el ladrón? Si así fuese, amigo mío, ese día sería el del mejor ascenso para los dos.

ERNESTO Así sea.

RICARDO (Mirando el reloj) Las cuatro. Te parece que descansemos un poco?

ERNESTO Como quieras; vamos a dormir un rato mientras tocan diana.

RICARDO Vamos. (Entran en el cuarto)

ESCENA QUINTA

Alí, solo

ALI (Se incorpora esperezándose) Que no puedo dormir. Dicen los sargentos que son las cuatro, que es la única palabra que he oido de la conver-

sación. A las cuatro y media tocan diana y mientras llega la hora y nos preparamos para la marcha, tomaré unas copitas. Por algo soy rico. (Con alegria) ¡Cinco duros y luego cuarenta!. ¡Pero ese Víctor es millonario!... Y total por echar ese pajarraco fuera de combate... ¡Bah!. Eso no es nada para mí. En peores haz danzado, Alí. Ahora me pagará ese perro cristiano el arresto del otro día. Ah!. Fátima!... ¡Fátima mía! .. El autor de que no pudiese contemplar el pasado domingo tus ojos negros como la noche oscura, caerá mañana por certera bala de mi fusil. Ya estás vengada, sultana mía, ya estás vengada. En fin, uno menos. Ja.. ja.. ja.. (Riendo) Vamos a ver si Venancio ha abierto la cantina Hoy pago yo. (Sale por el foro)

ESCENA SEXTA

C. Morales, Victor, un soldado y despuès Alì y Mochuelo

C. MORLS (Entrando pricipitado al sonar la corneta tocanco diana) Eh!.. Arriba; han tocado diana y no se duerme más.

VICTOR (Aparte) Ya tenía ganas de que llegase esa diana. Puede ser que para alguno no llegue la retreta. (Todos van doblando las mantas)

C. MORLS Víctor; váyase V. a hacerse cargo de la policía y vigilancia del campamento con los otros de las demás compañías; V. está rebajado y no viene con la columna. (Sale por el foro Víctor)

SOLDADO COMPARSA A qué hora salimos?

C. MORLS A las nueve.

SOLDADO COMPARSA Y avanzaremos mucho?

C. MORLS Hasta qne una bellotita te tumbe patas arriba. (Entran Alí y Mochuelo del brazo tambaleándose y cantando)

LOS DOS A beber, a beber y apurar, las copas de licor...

C. MORLS Qué es eso? De dónde venís vosotros así?

ALÍ Cómo venir?.. Yo no he venido... A mí me ha traido este...

MOCHUELO Y a mí, este...

ALI Yo quiero vino...

MOCHUELO Sí, sí, mucho vino, mucho vino...

LOS DOS (Cantando) El vino ha de curar, las penas del amor...

ALÍ Ja... ja... ja... Viva Víctor el noble... el millonario.... olé los tíos rumbosos.... olé! cinco duritos adelantados... y dos billetitos para postre. y total por quitar de enmedio a ese marraco... je... je... je...

SOLDADO COMPARSA Qué dice ese animal?

C. MORLS Vamos a ver lo que rebuzna esa caballería mayor. Precisamente ese moro me inspira poca confianza. Qué dices tú de los cinco duros? Que te los ha mandado tu novia?

ALÍ Mi novia?.. mi novia... los cinco duros y luego cuarenta más, me los dió a mí, Víctor... el señorito Víctor, que es muy rico. (Riendo)

C. MORLS Y por qué? Qué le vas a dar tú a Víctor?

ALÍ Y a tí que te importa?.. Tú eres clase y yo no te digo a tí nada.

MOCHUELO Eso es, no le digas nada a ese. Venga vino..

SOLDADO Dímelo a mí, Alí; dímelo a mí.

ALÍ A tí.., Bueno a tí, sí; que tú eres soldado. Pues ná; mira, total ná... que Víctor me da cuarenta duritos... para que hoy al entrar en fuego, le suelte yo un tirito al sargento ese.. ese que me arrestó el otro día...

TODOS Al sargento Ernesto?

ALÍ Si, hombre, si, al sargento Ernesto. Que?. ¿Crees tú que yo no tengo buena puntería?... Esta mañana me dió cinco duros y luego cuando lo tumbe, Víctor, me dará cuarenta más. Cuarenta, sabes Víctor? Cuarenta. Ni un céntimo menos. Venga vino. yo quiero

vino. El sargento Ricardo que ha sentido el ruido de la llegada de los borrachos ha estado asomado al cuarto oyendo la conversación y sale a escena rápido)

RICARDO Han oido Vds? ¡Criminal! Vaya corriendo, Morales y de conocimiento al oficial y vosotros a vigilar a Victor. (Ricardo entra en el cuarto y los otros salen corriendo por el foro menos los dos borrachos)

ALÍ Dónde van esos tíos?

MOCHUELO No sé; estaremos en el ataque, porque corren mucho. Yo voy a ver si duermo un poco.

ALÍ Yo también. (Se dejan caer en el suelo canturreando los dos)

ESCENA SEPTIMA

Los dos sargentos, Cabo Morales, Victor, Carrasco y un soldado con armas

Los dos sargentos salen del cuarto

RICARDO Lo ves ya claro, Ernesto?. Quería asesinarte; ese borracho ha dicho toda la verdad y ya Víctor estará detenido mientras se instruye la sumaria. El Cabo Morales habrá ya dado parte al Oficial. Míralos; ahí están. (Entra Victor enmedio de dos soldados con armas, uno de los cuales es Carrasco. Delante de ellos el Cabo Morales con el fusil, Ernesto se adelanta queriendo hablar a Victor, pero el Cabo Morales le detiene con la mano diciendo)

C. MORLS Perdón, sargento Ernesto; de orden del Capitán, que nadie en absoluto hable con el preso. Queda desde este momento incomunicado en el cuarto de sargentos. (Pasan dentro todos, menos los sargentos)

ERNESTO Que barbaridad, Ricardo, que barbaridad. Pobre Víctor!...

RICARDO Que infame, Ernesto, que infame. (Sale por el foro)

ESCENA OCTAVA

Carrasco Victor, y despues los dos sargento

(Al salir los sargentos de escena, salen del cuarto el Cabo Morales y los dos soldados dejando dentro a Victor. Entrega el Cabo la consigna a Carrasco que se queda de centinela delante de la puerta del cuarto, saliendo por el foro el Cabo y el otro soldado)

CARRSCO. Pues buena me ha caído a mí con la locura de ese tío. Siempre paga uno los vidrios rotos; toda la noche de retén y ahora que todavía no se ve, dos horas aquí de centinela. Y que no puede uno retirarse porque esta puerta no tiene cerradura... Como roncan estos borrachos!.. Este ha tenido la culpa; pero después de todo más vale que haya cantado, porque mira que si calla y asesina al sargento Ernesto... Pobrecillo... me dá lástima. Tan noble, tan valiente, tan bravo. Si me dejasen a mí, pronto terminaba la guardia (apuntando al cuarto) Granuja... No puedo abrir los ojos. Si ese tío... digo... duerme como un lirón. Como si en vez de lo que le espera, le esperase un chocolate con manteca. Igual.. Bueno, me sentaré un poco aprovechando su sueño; después de todo hasta dentro de dos horas no vendrá el relevo. (se sienta) Ah., já.. já... Poco a poco se vá quedando dormido. Cuando yá está dormido sale victor del cuarto, despacio, cerciorándose de que efectivamente duerme, diciendo a media voz).

VICTOR Dormido! Aprovechemos los momentos. Valor, Víctor, valor; vas a jugarte la vida, pero aquí no has de escapar mejor; este animal (señala a Alì) ha tenido la culpa de todo. De buena gana le machacaba la cabeza. En fín, no perdamos el tiempo, al campo moro. Me llevaré el fusil de este desgraciado y los cartuchos de este borracho para vender cara mi vida. Dos víctimas más; pero quien hace caso de eso? Adelante, Víctor, adelante; esta

es la decisiva y si Satanás me ayuda como otras veces y gano la partida, nos veremos, Ernesto, nos veremos... (sale precipitado con el fusil en la mano. Poco a poco va despertando el centinela restregáadose los ojos)

CARRASCO Qué hora será? Pues no me quedé dormido? Jesús!.. Y mi fusil? (mira dentro del cuarto gritando) El preso no está. Oh!.. Se ha escapado!.. Estoy perdido!.. A ver, cabo guardia, que se ha escapado el preso!.. (Entra el cabo Morales con dos soldados con armas)

C. MORLS Qué pasa?

CARRASCO (Con desesperación) Que el preso se ha fugado!..

C. MORLS Que has hecho, desgraciado? Vamos corriendo a ver si lo podemos alcanzar y si le divisamos, fuego sin compasión.

TODOS Si, sí, vamos. (salen corriendo)

ESCENA NOVENA

Los dos sargentos y después el cabo Ramirez

RICARDO (Entrando con Ernesto) Lo ves Ernesto? Se ha fugado. Criminal! Vamos nosotros también en su busca?...

ERNESTO No, Ricardo, no; quedémonos aquí. Es bastante la guardia. Por mi parte, perdonado está. Olvidémosle, Ricardo. (En el interior del escenario suenan tiros y choque de armas simulando un ataque de los moros al campamento.

RICARDO Qué tiros son esos? Qué pasa? (Al ir los dos a asomarse, aparece en la puerta el cabo Ramírez con el fusil en la mano y dice saludando)

C. RAMRZ Sargento Ernesto: los moros atacan el campamento; el Capitán y el Teniente han sido heridos al salir de sus tiendas, y de orden del Comandante que se encargue Vd. de la primera Compañía y el sargento Gutiérrez de la segunda.

ERNESTO (Se coloca en el centro de la escena) Corramos, amigo Ricardo, corramos; no seamos como Victor traidores a nuestra Patria y a nuestro Rey, Vamos a la pelea, al lugar honroso del combate y lavemos con nuestra sangre la mancha que ese traidor ha estampado en nuestra bandera. Marchemos a la vanguardia y gritemos con toda la fuerza y el valor de nuestra raza: ¡Viva España!... (Al decir esas palabras salen corriendo, pero Ernesto se siente herido en el pecho de un balazo y retrocede hasta quedar en medio de la escena diciendo, mientras allá fuera siguen los tiros y el toque de corneta)

ERNESTO Ricardo, amigo mío, me han herido...

RICARDO Ernesto, mi amigo del alma, mi hermano, ven, haz un esfuerzo.

ERNESTO No, Ricardo, no puedo; siento que las fuerzas me abandonan. Véndame la herida...

RICARDO Sí, voy a ver si puedo contener la sangre y enseguida llamaré a dos camilleros para que seas conducido a la ambulancia sanitaria.

ERNESTO No, Ricardo, no; no hay soldados; todos están en el combate.

RICARDO Entonces te llevaré yo; bastan mis brazos para llevarte; pero aquí no hay un paño siquiera para taponar la herida. (Se fija en la bandera). Ah!... Sí. Qué mejor que la enseña de nuestra Patria?

ERNESTO Sí, Ricardo, sí, venga la bandera. (Se la arrolla al cuerpo) Aquí, enseña querida, bandera gloriosa de la patria mía... Amor de mis amores... Así te quiero, junto a mí.... Si mi herida no es mortal y he de vivir, tu aliviarás mis sufrimientos y mitigarás mis dolores... Si mi fin está próximo y he de morir, tú serás el blando lecho de mi agonía.... Tú serás el adorno santo de mi sudario.... Empápate en mi sangre, bandera querida... Tórnese rojo tu hermoso color gualdo, que sus amores y su sangre, es lo menos que puede ofrendarte un soldado español. Toma mis

besos, (La besa con afán) enseña mía y trasmite a nuestros soldados mis últimas palabras.... ¡Viva España!... ¡Viva España!... (Besa la bandera repetidas veces y cae sin sentido. Ricardo de rodillas llora).

TELÓN RÁPIDO



ACTO TERCERO

La escena representa un paisage en los picachos de Sierra Morena. A la izquierda una casa que figura la ermita, con una cruz delante de la puerta. A los lados de ésta habrá un banco de madera. Del ángulo derecha parte un camino que vá hácia el monte y pasa por delante de la ermita. Al levantarse el telón aparecen sentados en el suelo frente al camino, dos pastores, que se han reunido para tomar la mañana. Está amaneciendo.

ESCENA PRIMERA

Faustino y Martín

(Suena la campana de la ermita, tocando Angelus)

FAUSTINO El Angelus, Martín.

MARTIN Si, son las cinco en punto. (Se arrodillan, se quitan el sombrero y dicen)

FAUSTINO Angelus Dómine... (Siguen rezando en voz baja)

MARTÍN Amén. (Hacen la señal de la cruz y vuelven a sentarse)

FAUSTINO Ea! Ya hemos rezado; ahora a tomar la mañana.

MARTÍN Y que está fresquita; saque V. el aguardiente, que tengo ganas de remojar el gaznate.

FAUSTINO Y que la Antonia me mandó ayer la bota casi llena. Que buena es! De todas las criadas que ha tenido el amo, la mejor ha sido la Antonia.

MARTÍN Mire V. que la Jesusa, la anterior?... Parecía que tenía miedo que el amo se quedase po-

bre. Ibas a por vino? Media botella escasa; aguardiente no te daba media copa. Me alegro que la echaran.

FAUSTINO Oye: Por dónde andará el pobre José?... Mira que el amo es también de oro. Echar a José porque mató un borrego de una pedrá.. Quién aguanta esos bichos por el monte?...

MARTÍN No, señor Faustino, no es por eso porque despidieron a José; V. no está bien enterado. A José lo echaron pa meter a Luterio, que es el recomendao del Sr. Alcalde.

FAUSTINO Cómo? Al sobrino del difunto Sr. Pedro el otro ermitaño?

MARTÍN Sí, hombre, sí; y me dijo ayer Pablo que ya estaba admitido y que esta misma mañana subiría pa que nosotros le entregásemos el rebaño que tenía José.

FAUSTINO Hombre, me alegro mucho; porque ese, como frecuentaba mucho la ermita en vida de su tío, pues sabrá toda la historia del señor Ernesto el ermitaño y puede que nos cuente algo.

MARTÍN Ya lo creo que la sabe. Y que yo le he oído decir que es una historia muy honrosa, pero muy triste.

FAUSTINO Ya me muero por oirla.

MARTIN Yò también. Precisamente a mí eso de las historias siempre me ha gustao, y el señor Ernesto debe haber pasao mucho.

FAUSTINO Por lo triste que está siempre...

MARTIN Chist!... Que sale el Sr. Ernesto.

ESCENA SEGUNDA

Dichos y Ernesto el ermitaño.

Ernesto viste de sayal con cordón, barba gris y descubierto

ERNESTO (Con unas alforjas al hombro y un bastón en la mano) Muy buenos días, Faustino. Hola Martín.

FAUSTINO Que los tenga V. buenos, Sr. Ernesto. Cómo tan temprano?

ERNESTO Las cinco, hijos míos; la hora de costumbre de salir. Voy al pueblo a recoger la limosna para el día.

FAUSTINO Nosotros no podemos ofrecerle más que un cacho de pan y un trago de aguardiente; si gusta, andando...

ERNESTO Gracias, Faustino, gracias; los pobres no deben dar limosnas; la caridad está reservada para los que pueden hacerla. Vosotros necesitaís todo lo que ganais para vosotros y vuestros hijos, y aún así y todo nunca faltan necesidades, verdad, Martín?

MARTIN Ya lo creo, Sr. Ernesto, ya lo creo.

ERNESTO Ea!... Yo me voy poquito a poco; si necesitais algo para el pueblo, ya sabeis que no teneis más que mandar.

FAUSTINO Muchas gracias, Sr. Ernesto, hasta la vuelta.

ERNESTO Que Dios os guarde, hijos.

LOS DOS Que él os acompañe. (Se vá Ernesto por el camino)

MARTIN Ese hombre es un santo.

FAUSTINO Si que lo es; yo le tengo un cariño grande. Desde que me curó la herida que me hice en la pierna cuando me caí de la roca alta, le quiero como a mi padre; creo que daría mi vida por él.

MARTIN Buena herida fué; yo creí que perdía V. la pierna. La verdad es que sabe curar mejor que un buen médico y que tiene la ermita que parece una botica. Tiene de toda clase de medicinas.

FAUSTINO Y todas hechas por él con hierbas del monte.

MARTIN Calle V. Quién viene ahí? Hombre si es Luterio... Luterio!.. Luterio!.. por aquí, hombre por aquí!,. aquí estamos!,.

ESCENA TERCERA

Dichos y Luterio

LUTERIO (Llega del monte con unas alforjas al hombro muy repletas, una manta y un bastón en la mano) Buenos días señores.

FAUSTINO Que los tengas buenos, hombre. Siéntate. Conque por fin has entrado en la casa, eh?

LUTERIO Sí, hombre, sí; ya tenía ganitas, porque parao no conviene.

MARTIN Nos alegramos, hombre.

FAUSTINO Y que te ha dicho Pablo?

LUTERIO Que me entregara V. el rebaño de José, pero no ahora, sino dentro de ocho o diez días; que por ahora esté el ganao todo junto, porque dice que se han visto algunos lobos por la sierra y que conviene que estemos juntos nosotros, el ganao y los perros,

MARTÍN Hombre, tengo grandes ganas de que me cuentes algo de la vida del Sr. Ernesto; me dijo mi mujer que se lo habías contado al señor Ugenio y desde aquel día no duermo pensando en ello.

FAUSTINO Lo mismo me pasa a mí; así es que hoy que tenemos tiempo y estamos juntos, dinos algo mientras llega la hora de almorzar. Hoy no soltaremos el ganao hasta la tarde.

LUTERIO Con mucho gusto, aunque a él le gusta poco que le alaben.

MARTIN Descuida, Luterio, que por nosotros no lo sabrá.

LUTERIO Bueno, pues allá voy.

FAUSTÍNO Bebe antes, hombre, bebe... (empina la bota, se limpia la boca con las manos y empieza su relación)

LUTERIO Según el mismo Sr. Ernesto me ha contao, él fué soldado allá en Africa cuando nuestras guerras con los moros, y él no lo dice, pero debió de haber sido un valiente, cuando en dos años llegó de soldao á oficial y le dieron además seis cruces ganadas en el campo de

batalla. Pero por lo visto no era vida la del militar que le agradase mucho y aunque mientras lo fué cumplió como muy bueno, en cuanto se acabó la guerra, renunció á todos los empleos,cruces y demás ventajas y pidió la licencia. No valieron ruegos, súplicas ni consejos de jefes y compañeros. Precisamente allá tenía un buen amigo, casi un hermano, un sargento llamado Ricardo, según él mismo me ha dicho, que casi llorando le pidió que no se licenciase. La voluntad firme del Sr. Ernesto lo venció todo, lo mismo que sus puños de hierro vencían a los moros...

FAUSTINO Sus puños!.. Que me lo digan a mí. El día que me caí de la roca, me cogió del fondo del barranco medio muerto y me llevó a la ermita como quien lleva una pluma.

LUTERIO Pues y eso que está muy envejecido a causa de sus tristezas, que no creais, que no tiene más que cuarenta años.

MARTÍN Y parece que tiene sesenta!..

FAUSTINO Sigue, Luterio, que eso me gusta mucho.

LUTERIO Como decía, tomó la licencia y marchó a Cádiz de donde era él o por lo menos en donde había pasado su niñez. Allá recogió cuatro recuerdos de sus padres que habían muerto y salió de aquella ciudad para no volver y se vino a Córdoba. Traía una carta de recomendación de su coronel para un pariente de aquél Sr. que era canónigo y al llegar a Córdoba le dijeron que el canónigo estaba enfermo y se había venido aquí a un pueblo de la Sierra en busca de aires más puros y más sanos. Emprendió el Sr. Ernesto la caminata hacia el pueblo y al llegar a la casa del sacerdote, se encontró con la triste nueva de que lo habían enterrado hacía dos días. Triste y pensativo regresaba a Córdoba atravesando otra vez la Sierra; pero al pasar por aquí, una tormenta de las que a menudo ve-

mos, le obligó a pedir auxilio en la ermita. Mi pobre tío Pedro, que ya sabéis lo que era, lo acogió con paternal cariño y más porque su sobrina estaba ya casada conmigo y así mi tio tendría compañía aquella noche. Simpatizaron; le contaría su historia; el caso es que lo convenció y se quedó con él en la ermita. Ya sabéis lo demás. Mientras vivió mi tío, iba el Sr. Ernesto al pueblo por las limosnas, ayudaba á misa cuando la había y arreglaba la iglesia y el camerino de la Virgen del Rosario. Luego murió el tío Pedro después de siete meses de enfermedad en la que el Sr. Ernesto se multiplicó para que no le faltase nada y una vez enterrado, el señor Cura y el Sr. Alcalde le nombraron ermitaño, muy á gusto de todos los vecínos que le conocian y lo trataban.

MARTÍN Y que lo digas que sí. Sabes que me has hecho llorar?

FAUSTINO Y a mí!.. ya me figuraba yo que el Sr. Ernesto era un valiente y que sabía mucho

LUTERIO Más de lo que vosotros os creeís; pero callad que ahí viene. Llega Ernesto con las alforjas llenas y como cansado)

ESCENA CUARTA

Dichos y Ernesto

ERNESTO Todavía aquí, muchachos? Hola Luterio, tú por aquí? (Le dá un golpecito en el hombro)

LUTERIO Si señor; ya estoy de pastor. No le dijo Marta que hoy echaba mano? Pues ya lo ve usted, aquí estoy.

ERNESTO Bueno hombre, me alegro mucho. Ahora a cumplir bien y a obedecer al Sr. Faustino que es el jefe de la cuadrilla y que es muy bueno. Verdad Martín?

MARTIN Si señor, que lo es.

FAUSTINO Al lado de V. no hay ningún hombre que se pueda llamar bueno. V. nos gana a todos.

ERNESTO Gracias por el elogio, Faustino, pero no lo merezco. Yo no hago más que cumplir medianamente en esta vida, para que Dios me de la recompensa en la otra.

MARTIN Pero está V. cargado, Sr. Ernesto? quiere que le entre la alforja?

ERNESTO No, Martín, gracias; me voy a dentro, que mañana sube el Sr. cura a decir misa y hay mucho que hacer. Hasta después y me alegro hijo. (Por Luterio. Se dirige hacia la ermita)

LUTERIO Muchas gracias, Sr. Ernesto.

FAUSTINO Ea! y ahora nosotros nos iremos a dar una vuelta por el ganado. a ver como están aquellos corderillos, no os parece?

LUTERIO Como V. diga.

MARTÍN Andando pues. (Se van por la izquierda)

ESCENA [redacted] QUINTA

Ernesto y Toñito

TOÑITO (Llega corriendo del camino del monte) Sr. Ernesto!.. Sr. Ernesto!. .

ERNESTO Hola, Toñito, que traes?

TOÑITO Pues que vengo de parte del Sr. Faustino para que venga V. a comer con nosotros que hoy tenemos buena comida y a él se le olvidó decírselo.

ERNESTO Muchas gracias, hijo; dile que se lo agradezco mucho pero que no puedo ir. Que tengo mucho que hacer hoy y que me es imposible.

TOÑITO Vamos Sr. Ernesto, venga V...

ERNESTO No puede ser, hijo mío; diles de mi parte que coman todos bien y que les aproveche.

TOÑITO Gracias Sr. Ernesto.

ERNESTO Mira y para que no crean que es un desprecio, dile al Sr. Faustino que me mande contigo una tajadita, que ya me dijeron ayer que

para hoy teníais un cabrito guisado.

TOÑITO Se la traeré de muy buena gana y no una, sino cuatro o seis.

ERNESTO No; te lo prohibo, tan solo una.

TOÑITO Como V. quiera pues. Quede V. con Dios Sr. Ernesto.

ERNESTO Adios hijo y que Él te guarde. (Se va Toñito y da media vuelta como acordándose de algo)

TOÑITO Ah!.. Se me olvidaba lo mejor. No sabe usted lo que dicen por el pueblo?

ERNESTO Qué dicen, hombre?

TOÑITO Pues que la partida de bandidos del Patillas, ha aparecido por estos contornos; que ayer robaron la Iglesia del Campillo y ya ve usted que de aquí al Campillo no hay más que dos leguas. Yo estoy muerto de miedo, Sr. Ernesto.

ERNESTO Pues no lo tengas, Toñito. Qué quieres que venga a buscar aquí el Patillas? Somos muy pobres y los bandidos quieren dinero.

TOÑITO Si señor, así será, pero a mi no se me quita el miedo y ya le he dicho al Sr. Faustino que no me mande más solo al pueblo.

ERNESTO (Acariciándolo) No tengas miedo, hombre; no tengas miedo. Anda, vete ahora, no sea que te estén esperando.

TOÑITO Adiós, Sr. Ernesto.

ERNESTO Hasta luego. (se va el niño) «El Patillas?» si; dicen que es un bandido feroz, sanguinario y cruel, pero yo no tengo miedo a nadie; a nadie he hecho daño en mi vida, pues nada he de temer. Ahora bien; los efectos encargados a mi custodia ya es otra cosa; esos tengo el deber de defenderlos y los defenderé hasta perder la vida. Vamos por si acaso, a esconder en el sótano cuya trampa nadie conoce, las alhajas de la Virgen y las dos casullas nuevas, que esos ladrones son capaces de cualquier sacrilegio. Una vez a salvo todos esos objetos sagrados no temo al bandido. (mirando el reloj que está sobre la puerta de la ermita

Jesús!.. las seis y media!.. Y que ya tenemos los nubarrones encima!... Que aire más caliente!.. Vámonos adentro. (entra en la ermita)

ESCENA SEXTA

D. Cayetano, D. Fernando, Elena y después Ernesto

(Los tres Sres. en traje de caza salen del camino del monte y avanzan hacia la ermita. Es el caer de la tarde y de cuando en cuando alumbran algunos relámpagos)

D. CATNO Adelante, hijos; allí se ve la ermita que nos han dicho los pastores, Digo que será esa, porque en todo el cerro no se ve otra casa. Y que va a llover poco esta noche!..

ELENA Estoy cansadísima, papá; valiente carrera nos hemos dado!

FERNANDO Y que ir al pueblo es imposible; hay según dicen los pastores más de tres leguas y con la noche que se prepara, no puede ser.

ELENA Dios mío!..

D. CATNO Bueno, basta de lamentaciones. Ya hemos llegado a la puerta, Llamemos y sea lo que Dios quiera.

FERNANDO Tendría gracia que ahora el ermitaño no quisiera darnos albergue y tuviésemos que pasar la noche al fresco.

ELENA No lo digas ni en broma, Fernando.

D. CATNO No lo creo, los pastores han dicho que es un hombre muy bueno. Veamos (llamando á la puerta) Alabado sea Dios!..

ERNESTO (Desde dentro) Por siempre sea alabado! (saliendo a la puerta) Que se ofrece, hermanos? En qué puede servir a Vds. este pobre ermitaño?

D. CATNO En mucho, señor. Nosotros vivimos a cuatro leguas de aquí en una posesión mía donde venimos todos los años a pasar parte del verano; los señores son mi hija y su esposo. Esta madrugada nos hemos internado en la Sierra persiguiendo un jabalí y sin darnos

cuenta nos ha cogido la noche. Si tuviese V. la bondad de darnos un sitio bajo techado, aunque fuese en elportal, le viviríamos eternamente agradecidos, después de pagarle su generosa hospitalidad.

ERNESTO Admitidos estáis en esta santa morada; dejad vuestras armas y vuestros equipajes y descansad. Aquí no hallareis comodidades; no tengo mas que una habitación modesta con dos camas mas modestas aún; á vuestra disposición están una y otras. Yo duermo en cualquier rincón. Pagarme la hospitalidad? De ningún modo. De limosnas vivo, señores, pero en esta ocasión no las admitiría para que no se pudiesen confundir con el deseo de cobrar el hospedaje; esta casa no es mía, es la casa de Dios. En nombre pues, de Dios os digo: Bienvenidos seais.

D. CATNO Gracias, señor, mil gracias. Conocíamos por los pastores vuestra bondad, pero no podíamos imaginarnos que esta rayase a tan gran altura.

FERNANDO Tiene mucha razón nuestro padre. Nos asociamos por completo a su opiniòn.

ERNESTO Me doy cuenta que estáis de pié y os pido perdòn por mi descuido; voy en un instante a traer sillas. La tormenta parece que ha cesado y la noche no está muy fresca, Aquí respirareis tal vez más directamente la brisa saturada del aroma de la Sierra.

ELENA Sí, dice V. bien; pero no se meleste, señor, en este banco podemos sentarnos.

ERNESTO No faltaba más; pobre soy, pero no tanto que no pueda ofrecer a Vds. un modesto asiento; hasta ahora. (entra en la ermita y sale enseguida con tres sillas) Aquí están; sentáos señores,

D. CATNO Cuanta bondad!.. (se sientan y Ernesto lo hace en el banco)

ERNESTO Por lo que veo señores, no sois de este país.

D. CATNO Andaluces somos, pero no de esta provincia;

somos de Cádiz. (al oir el nombre de Cádiz hace Ernesto un movimiento extraño que es notado por los demás)

FERNANDO Parece que le ha extrañado a V. Es que conoce V. allí alguna persona?

ERNESTO (Con tristeza) Sí, también nací allí.

LOS TRES En Cádiz?.. (con extrañeza y alegría)

ERNESTO Sí, señores, en Cádiz; pero de aquella ciudad solo conservo un adorable recuerdo; el de mis queridos padres que murieron allí.

ELENA Y hace muchos años que falta V. de Cádiz?

ERNESTO Si señora, bastantes. Hace ya unos quince.

D. CATNO (Dirigiéndose a sus hijos) En aquel tiempo yo era todavía el dueño de la fábrica de curtidos. (Ernesto que oye las últimas palabras de D. Cayetano, se queda asombrado mirándole fijamente a la cara y levantándose)

ERNESTO Cómo?.. Qué dice V?.. Qué V. era dueño de una fábrica de curtidos?., (aparte) Qué sospecha! será él?.. (dirigiéndose a D. Cayetano) Permita, señor, que le dirija algunas preguntas.

D. CATNO Es V. muy dueño de preguntar todo cuanto guste.

ERNESTO Cómo se llama V., señor?

D. CATNO Me llamo, Cayetano Manzano. (al oir ese nombre da Ernesto un grito y se deja caer en el banco sentado, cubriéndose la cara con las manos)

ERNESTO Jesús!... Es él!... Mi sospecha era cierta!... Y élla!.. élla también!.. Dios mío!.. Dios mío!..

FERNANDO Pero que le ocurre, ermitaño, se siente usted malo?

D. CATNO Siento en el alma que mi nombre le haya afectado de esa manera y ahora soy yo el que pide permiso para interrogarle.

ELENA Qué misterio será este?

ERNESTO Interrogue V. cuanto quiera, Sr. D. Cayetano, pero no es preciso que se moleste. Yo aclararé ese enigma. En la época que V. refiere, en que era V. dueño de aquella fábrica de curtidos, tenía V. un cajero joven llama-

do Ernesto, no es verdad?

D. CATNO Si señor, y que por cierto lo tuve que despedir porque en una mala hora fué tentado por el demonio y me robó la caja; unas treinta mil pesetas y lo sentí, porque había sido hasta entonces, un joven excelente.

ERNESTO Pues aquél joven, Ernesto Sanromán, soy yo.

D. CATNO (Con fuerte exclamación y retrocediendo) V...! Es V?..

ERNESTO (Con la cabeza levantada y mirándole frente a frente) Si señores, sí, yo soy el ladrón.

ELENA (Asustada) Ernesto!.. Esto es horrible!..

D. CATNO (Dejándose caer en la silla) Que horror!..

FERNANDO (De pié y pensativo) Que situación!..

ERNESTO Respetable D. Cayetano. En estos momentos leo en el interior de Vds. como un libro; se arrepienten de haber llamado a esta puerta; de haber sabido Vds. quien era el morador de esta santa ermita, de seguro que habrían preferido arrostrar todos los peligros de una noche terrible, obscura y tempestuosa, a haber pedido albergue a su antiguo dependiente... a un ladrón...

ELNEA (Balbuceando confundida) Yo... no... no.

D. CATNO No señor... no ..

ERNESTO Basta D. Cayetano, basta señora; no crean Vds. que voy a insistir en mi inocencia; no piensen que voy a pretender hacer comprender a Vds. su gran error; no esperen repuestas hábiles en busca de mi rehabilitación; no señores, no, además sería inutil. Levante pues, esa faz venerable, Sr. D. Cayetano; tranquilícese V. señora y ciñéndonos al presente, olvídemos todo lo pasado y háganse cuenta que aquel Ernesto fué un sueño, aquél robo una ilusión y que la mano que les abre la puerta en esta noche, no es la de un antiguo conocido, sino que es la de un pobre ermitaño: del ermitaño Ernesto.

FERNANDO Sí, tiene razón; olvidemos lo pasado y acordémonos tan solo del presente.

D. CATNO Por mí, olvidado queda, pero tengo en mi alma un gran remordimiento; si no fuese él el ladrón... Horrible, Fernando, sería horrible y jamás me lo perdonaría. Si el dinero que su pobre padre me devolvió, no hubiese sido el robado... Que horror!.. (alumbra un relámpago y a lo lejos se oye el ruido del trueno)

FERNANDO Ese hombre no miente, papá; ese hombre no ha sido ladrón.

ELENA Fuimos crueles con V., Ernesto; pera la verdad es que tampoco V. ha sido afortunado en su rehabilitación. De todo corazón lamentamos su desgracia, pero crea V. que no somos los culpables de ella.

ERNESTO Líbreme Dios de creer tal cosa, señora; ustedes no han sido los causantes de mis infortunios y pueden tener la conciencia bien tranquila. En mi corazón no queda síntoma de lo pasado; Vds. han llamado a mi puerta y este pobre ermitaño les alberga en su casa con la dicha en el alma de poder hacer tan buena obra de caridad.

ELENA Gracias, Ernesto, gracias (alumbra un relámpago y se oye un trueno fuerte) Jesús!.. otra vez la tempestad!..

ERNESTO Si señora, otra vez se presenta la tormenta; Vds. señores, pasaréis a mi habitación modesta; podeis cerrar la puerta, yo iré a hacer compañía a los pastores.

FERNANDO De ninguna manera, no lo tolero.

D. CATNO Y ELENA. No señor, no podemos consentirlo

ERNESTO Cerrad la puerta con llave y cerrojo; la noche está mala y como corren rumores de que la partida de bandidos del Patillas merodea por estos contornos...

ELNEA No se vaya V. Ernesto, se lo suplico. Si le ocurriese alguna desgracia, la responsabilidad sería nuestra.

ERNESTO Es preciso, señora; los pastores son buenos

amigos y en su cabaña pasaré la noche; quien a nadie ha hecho daño a nadie tiene que temer. Pasad. señores, os lo ruego. (entran los tres en la ermita)

ESCENA SEPTIMA

Ernesto, luego El Patillas con la cuadrilla y despuès D. Cayetano, D. Fernando y Elena

ERNESTO Con qué recelo y precaución pasaré esta noche!.. Y sobre todo con qué temor por parte de la señora!.. Me creen ladrón y un ladrón es capáz de reincidencia. Que satisfacción para mí si pudiese presentarles las pruebas de mi inocencia!.. (invocando de rodillas) Acude en mi auxilio, Nazareno mio; Cristo bendito de mi patria chica; protector glorioso de mi Cádiz bello; Patrón excelso de la tierra santa que guarda en sus entrañas los restos de mis padres queridos; acude a mí... acude a mí... (Pausa) Esperemos y tengamos confianza en Dios. El nos sujeta a crueles pruebas; respondámosle con nuestras gracias y con nuestra oración. Oremus...

(Reza. Salen los bandidos con recelo siguiendo al Patillas que es el Capitán; los bandidos son seis y llevan pistolas y puñales)

PATILLAS (Desde la entrada) Ahí está nuestro hombre; silencio y precaución. Tened en cuenta que siempre tuvo buenos puños, Aunque ahora no creo que intente poner resistencia.

BANDIDO 1.º Decid, Capitán; si se resiste, puedo usar del alfiler de las grandes solemnidades. (saca una gran navaja)

PATILLAS Ya os he dicho que no quiero que se vierta una sola gota de sangre; ese placer está hoy reservado para el Capitán y sabed que cuando ordeno una cosa es para que sea cumplida, entendéis?

BANDIDO 1.º Comprendido, Capitán.

PATILLAS Ya sabéis; mientras vosotros dos sujetais y amarráis al ermitaño. vosotros llamais a la puerta y al abrir sujetais a los dos hombres. Entonces serán todos atados por el Tuerto y el Rana. Tú, Pacorro, a vigilar la esquina del monte.

BANDIDO 2.º Y si los de dentro se resisten?

PATILLAS Entonces os autorizo para manejar el bisturí. Pero únicamente en caso de resistencia, porque tú abusas enseguida de él. Yo vigilo todas las operaciones; chitón y manos a la obra. (El Patillas se queda detrás mientras los cinco bandidos avanzan hacia Ernesto. Entre tres lo sujetan y le amarran los brazos al sillón tapándole la boca. Los otros dos se colocan en la puerta con las navajas en la mano)

ERNESTO (Al sentirse cogido) Qué es esto? Socorro!.. Soc..

PATILLAS Ahí, apretad las ligaduras, que no sabeis de lo que es capáz un fraile. Así, bien, dejadle. Los otros dos bandidos van a llamar a la pnerta a tiempo en que sale D. Fernando que ha oido las voces del ermitaño)

FERNANDO Se han oído voces, quién será? (Viendo a Ernesto amarrado) Qué es esto?

(En este momento le cogen por detras los dos bandidos mientras otro le amenaza por delante con la navaja el cual se quedará guardándole. Los restantes se precipitan dentro de la ermita)

FERNANDO (Al sentirse cogido) Canallas!.. (Le tapan la boca y no puede hablar más)

ELENA (Desde dentro) Fernando!.. (Se desmaya)

PATILLAS (Desde la puerta) Muchachos, amarradles bien. También a la señora, eh? Ya nos perdonará nuestra falta de galantería, pero en los tiempos que corremos no se puede hacer otra cosa.

UNA VOZ (Desde dentro) Capitán, la dama se ha desmayado!..

PATILLAS Que se ha desmayado? Tanto mejor; así nos ahorrará tener que amarrarla.

(Salen los cuatro band!dos dos delante llevando a Elena desmayada y los otros dos detrás de D. Cayetano)

Ea!.. muy bien; ahora a la Gruta Negra. Allí esperais mis órdenes (A uno de los bandidos) Tú

ya sabes donde está el frasquito del éter; se lo pones a oler a la señora hasta que vuelva en sí y cuidado, eh? Con vuestras cabezas me respondéis de que serán tratados con el mayor respeto. Nada más tengo que decir; Señores... hasta luego.

(Los bandidos se ván con los presos; el Patillas se queda con los brazos cruzados enmedio de la escena y mirando a Ernesto. Suelta una carcajada sarcástica)

Ja... ja .. ja...Ya estamos frente a frente. Por fin llegó el día tan deseado para mí; pero espera, amigo, voy a quitarte la mordaza; sentiría que la asfixia me arrebatase el placer de la venganza. (Le quita el pañuelo de la boca) Además, así podrás hablar y pedir a Dios su ayuda. (Riendo)

ERNESTO Quién sois y que daño os he hecho yo, pobre ermitaño, para que me tratéis así?..

PATILLAS Quién soy .. Vas a saberlo muy pronto, amigo Ernesto; (Con risa burlona) pero vamos por partes, tan flaco eres de memoria que no te acuerdas de mí?

ERNESTO No, no se quien sois, acabad de una vez.

PATILLAS Tanta prisa tienes? pues bien, sea. (Se da un tirón de la barba y acerca su cara a la de Ernesto) Mira, me conoces ahora?

ERNESTO (Dando un grito asustado) Oh!.. Tu!.. Eres tú, Víctor!..

PATILLAS Gracias al demonio que me has conocido, hombre. Yo soy. No me esperabas, verdad? Claro; tú dirías, bah!.. no tuve el placer de verle fusilado porque se escapó del calabozo pero en cambio los moros habrán dado buena cuenta de él. Pues ya ves, he escapado de las garras de los moros, lo mismo que escapé de las tuyas, y aquí me tienes dispuesto a pedirte estrecha cuenta; a cumplir lo que tantas veces he prometido.

ERNESTO No comprendo tu rencor, Víctor; yo nunca te hice daño; yo no te he hecho más que bien. Qué quieres entonces de mí? Por qué

me tienes atado?

PATILLAS En primer lugar te ruego por tu bien, que me dejes hablar y no me interrumpas, porque si no me obligarías a ponerte la mordaza otra vez; oye pues: Yo he jurado mil veces exterminarte, perderte, aniquilarte, hundirte para siempre y sabes por qué? Porque sentía unos celos que me abrasaban, que no me dejaban vivir; porque adoraba en silencio, porque quería a Elena, a tu prometida, con todo el furor, con todo el amor salvaje de que es capaz la bestia humana. Yo que quería cortar aquel idilio que me quemaba el corazón, que quería apagar para siempre el fuego de aquellas miradas que tan solo se dirigían a tí; por eso forjé un plan diabólico, lo mismo que habría llegado al crímen. (Acercándose a Ernesto) Yo fuí quien robó la caja de don Cayetano.

ERNESTO (Hace un movimiento con fuerte exclamación) Tú?.. Fuiste tú el ladrón?..

PATILLAS Yo, si yo; por lo pronto con tu despido de la fábrica y el enfriamiento de tus relaciones con Elena, se amortiguó un poco la sed de mi venganza, pero luego volvió a renacer con toda su fuerza, al convencerme de que ella no me quería y aumentó más y más con los elogios que aquéllos estúpidos te prodigaban; con tus ascensos injustificados, con la aureola de valiente que entre aquellos imbéciles supiste crearte, y finalmente llegó a su colmo mi odio hácia ti al verme preso, incomunicado y en vísperas de ser pasado por las armas. Estúpido!.. Canalla!.. Como te reirías de mí! . Entre los moros he perdido los últimos restos de la persona para salir convertido en lo que soy, en el Patillas, en una fiera, en un tigre que se complace en degollar a sus víctimas tan solo por oler su sangre. Y todo a fuerza de sufrir, de padecer,

de renegar, de odiar, de maldecir. De todo ese cambio, de toda esa transformación, sabes quien ha tenido la culpa? no lo sabes? tú! Considera pues lo que te espera.

ERNESTO Dios mío!.. Dios mio!.. Ten piedad de mí!..

PATILLAS Sí, invoca, llama, acude a tu Dios; aquí no es como allí que a la primera llamada tenías a tu disposición cientos de soldados; aquí no hay más voluntad que la mía, mis hombres, que cumplen mis órdenes como has visto, con ciega obediencia, vigilan los caminos que a esta ermita conducen y tus gritos serían devueltos por el eco desde el fondo de la montaña. Esta mañana mis confidentes me enteraron de que dos cazadores acompañados de una dama pernoctaban en tu ermita y como yo ya tenía mis noticias ciertas de que el ermitaño era el antiguo sargento, mi antiguo bienhechor, (con burla) mi antiguo amigo.. ja.. ja.. ja.. por eso decidí dar el golpe en esta misma noche y así matar dos pájaros de una vez.

ERNESTO De mi vida, Víctor, puedes disponer; pero te pido que tengas compasión de esos infelices.

PATILLAS (Riendo) Infelices, eh?.. je .. je... je... esos infelices están secuestrados en la Gruta Negra y si antes de cuarenta y ocho horas no han pagado el rescate que yo les imponga, los entregaré a mi gente para que hagan con ellos ejercicios de tiro al blanco. Eso referente a los hombres; a la señora, ya le daremos su destino...

ERNESTO (Con energìa) Eres un crimina!.. miserable!.. Es decir que a tal extremo llega tu maldad, que asesinarías al hombre que en otros tiempos te proporcionó el pan? Asesinarías a D. Cayetano Manzano?

PATILLAS Cómo!.. Qué dices? (Con alegria salvaje)

ERNESTO Que ese anciano que tus esbirros se han llevado atado, es D. Cayetano Manzano y

aquella dama es Elena su hija y el otro caballero su esposo. Ordena, pues, Víctor, que sean puestos en libertad.

PATILLAS (Suelta una carcajada nerviosa y alegre) Ah!.. Conque son ellos?.. Gracias, Satanás, gracias.. Hoy me das dos satisfacciones a un tiempo; el festín será completo, completo.. ja... ja .. ja. Vamos, se conoce que esos hábitos no impiden recibir visitas de damas hermosas y antiguas amigas, eh? Je.. je.. je..

ERNESTO Calla!.. No blasfemes, aborto del infierno. Las palabras que tus labios acaban de pronunciar indican que en tu cuerpo se esconde un alma podrida y un corazón de lo que eres. de bandido. No satisfecho con el daño que me has hecho toda la vida, aun te complaces en atormentarme y amargar mis últimos días que yo esperaba fuesen de reposo y soledad. Eres un infame, Victor y haces muy buen en tenerme atado abusando de tu superioridad, porque de haber estado libre tal vez no me hubiese podido contener y tus últimas frases las hubiese ahogado en tu garganta.

PATILLAS Hombre, así me gusta, que seas valiente. La verdad que sentía cierta repugnancia a matar un fraile indefenso; me gusta más que se defiendan; soy así. Conque fuera esas cuerdas; (lo desata) así me agrada más combatir. La sangre se calienta y el ejercicio fortalece los músculos. Ea! en guardia, falso ermitaño y despues le llevaré a tu... a tu... buena a tu protectora, un pedacito de corazón como recuerdo... No te mueves? Ah! vamos, es que no tienes armas! Pero que falta te hacen? No decías en Africa que tus puños eran bastante para vencer a los moros? Es que los has perdido? Lo que tú eres un cobarde, ea! Defiéndete o te mato como a un perro. Anda que después me espera tu.. tu.. Elena.. ja.. ja.. ja.. Tampoco? No te acuerdas, cobarde,

de tu madre? De tu madre.. sí.. de tu madre que murió a causa del robo de la caja! Yo soy, pues, el asesino de tu madre!..

ERNESTO (Al sentir las ùltimas palabras de Víctor, da un rugido espantoso y dando uu salto terrible se arroja sobre el Patillas cogiéndole por el cuello) Asesino!.. asesino.. Ahora verás.. ase...sino.

PATILLAS Por fin, así me gusta, así... Ruega a Dios por tu alma.

(Luchan los dos; el Patillas le dispara un tiro de la pistola que tendrá en la mano; como Ernesto le tiene la mano cogida, el tiro va al aire y el Patillas arroja la pistola contra el suelo, diciendo: Espera, me queda este (Saca un puñal) Vas a ver que buena punta tiene.

(En la lucha Ernesto coge el brazo del Patillas y quitándole el puñal, da un grito feroz al mismo tiempo que se lo clava en el costado al bandido).

ERNESTO Toma, miserable!...

(El Patillas se pone pálido, se echa mano al costado y se desploma, diciendo:)

PATILLAS Ah!... Maldito!... Me has matado!...

ERNESTO (Está como arrepentido de lo que ha hecho y se pone de rodillas junto al herido) Qué he hecho, Dios mío! y he sido yo, yo!... Perdón, Señor, perdón!... él lo ha querido!...

ESCENA OCTAVA

Ernesto, El Patillas, el Capitán Ricardo con cuatro soldados
Don Cayetano, Don Fernando, Elena pastores y gente del pueblo

(En este momento suenan tiros en el monte y ruido de voces y de armas. El Capitán entra en escena sable en mano, acompañándole detrás cuatro soldados que traen atados a dos de los bandidos. Después siguen D. Cayetano, D. Fernando y Elena, sueltos)

CAPITÁN (Entra precipitado) En dónde está ese bandido?..

ERNESTO (Que sigue de rodillas, levanta la cabeza y mira al Capitán) Aquí está, Capitán, pero ya no es un bandido; aquí lo que hay es tan solo un pobre moribundo, para el cual os pido misericordia,

para el cual el ermitaño Ernesto, os pide que lo dejeis morir en paz.

CAPITÁN (Mirándole fijamente) Esa voz... esa cara... ¿Y os llamais Ernesto?.... Y el apellido, ermitaño? Os lo ruego...

ERNESTO (Que le ha llamado la atención el Capitán, se levanta y mira también fijamente al militar) Sanromán. (Al oir el Capitán el apellido, se queda perplejo. Se conocen los dos, pre cipitándose el uno en brazos del otro).

CAPITAN Ernesto!...

ERNESTO Ricardo!...

(Continúan abrazados unos momentos. Víctor que está mal herido, al oir el nombre del Capitán, levanta la cabeza y dice):

PATILLAS Oh!.. Ricardo también!.. El otro sargento!.. Los dos!... Maldición!.,. Maldición!...

CAPITAN Ernesto, amigo mío, qué dice ese bandido? Quién le ha herido?

ERNESTO (Con pena) Yo, yo lo he matado Era el asesino de mi madre. Ese desgraciado que se apodaba El Patillas, es bien conocido de todos nosotros, pero antes de decir su nombre, pido a todos le perdonen sus crímenes para que Dios me perdone a mí. Lo prometeis?

TODOS Si, le perdonamos.

ERNESTO Gracias a todos. Ese hombre, D. Cayetano, ha sido enviado por Dios para rehabilitar a un inocente, y sentiría en el alma que la muerte fuese tan próxima que no le dejase pronunciar siquiera dos palabras. Ese hombre, respetable señora, es el autor del robo cometido en el escritorio de su fábrica; es aquel soldado, amigo Ricardo, que en Africa pagó al moro para que me asesinara; ese hombre, en fin, es su antiguo dependiente, D. Cayetano, es Víctor Salazar.

D. CATNO Víctor!... Jesús!.. . Qué horrible remordimiento!...

ELENA Qué horror, Dios mío, qué horror!... (Llora)

CAPITAN Por fin!... Gracias a Dios, amigo Ernesto gracias a Dios. Hoy he ascendido a Coman-

dante. No te dije en Africa que el día de tu rehabilitación sería el de mi ascenso?

ERNESTO Sí, Ricardo, pero un ascenso amargado por un crimen, por un delito, puesto que yo soy el que le he matado. Yo... Dios mio!..

D. CATNO Tranquilízate, Ernesto, amigo mío; eso no es un crimen, es la justicia de Dios.

ELENA Sí, Ernesto, sí; es la voluntad Divina que nos ha juntado en esta hora terrible, para que V. nos perdone el mucho daño que le hemos hecho.

ERNESTO Aquello pasó ya, señora. Ahora lo importante es que este infeliz reaccione y hable. Víctor, te sientes mejor? (dirigiéndose al Patillas le sientan en el sillón)

PATILLAS Sí, Ernesto, sí; será la mejoría de la muerte, pero me siento mejor. Mira Ernesto, aprovechemos estos momentos, quiero hablarte. (los demás se retiran) No, quiero hablarle, pero ante todos. No se vayan, se lo ruego. (coge la mano de Ernesto) Ernesto, amigo mío, yo soy el autor de todas tus desdichas. Mi muerte es muy justa y la prefiero, puesto que me has ahorrado de morir a manos de los soldados o en el patíbulo. D. Cayetano, perdón. Yo fuí el miserable ladrón de la caja de su escritorio. Yo que saqué el molde de las llaves cogiendo éstas del bolsillo de Ernesto en un momento de descuido; yo pagué al moro para que le asesinara; ahora que me arrepiento de mis crímenes, ya es tarde, verdad Ernesto que ya es tarde?..

ERNESTO No, Víctor, no; Dios es infinitamente misericordioso y es bastante un momento de verdadero arrepentimiento para que perdone todos los pecados de los hombres.

VICTOR Gracias, gracias. (le da un golpe de tos) Señor!.. Señor!.. ten piedad de mí!..

(Hace un estremecimiento fuerte y queda muerto con la cabeza inclinada sobre el sillón)

ERNESTO Muerto!..

TODOS Muerto!..

ERNESTO La Providencia es justa, D. Cayetano y en los últimos años de mi vida y entre el tormento de haber quitado la vida a un hombre, me da dos satisfacciones a un tiempo: la primera la rehabilitación de mi honra, la segunda y más importante, la alegría de otorgar mi perdón a ese desgraciado. Ahora señores, de rodillas todos y pidamos a Dios acoja el alma del pobre Víctor como nosotros lo hemos perdonado. Descubrámonos ante su cadáver y recemos con fervor. Ave María!..

(Se arrodillan todos y rezan)

TELÓN LENTO